

Y

0260

EJ.2

1987

de la
Un. n.
sorcía

f

LA FARSA
PROTESTANTE

Y

MARTIN LUTERO



BOGOTÁ
TIPOGRAFÍA SALESIANA
1897.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

FAES

Biblioteca

Propiedad Salesiana.

Y
0260

1987



252

LA FARSA PROTESTANTE

I

¿Y qué es eso del Protestantismo?

En la mesa de un café, donde se reúnen varios estudiantes, oímos la otra noche el siguiente diálogo:

—Oye tú, Pepillo, tú que has estado en Inglaterra y Alemania, ¿haces el favor de decirnos qué diablos es eso del Protestantismo?

—¿Queréis que os lo diga con entera franqueza? ¿No os pondréis colorados?

—¿Estudiantes y tener vergüenza? No conoces el gremio.

—Pues allá va. El Protestantismo es un medio que inventó un fraile muy aprovechado llamado Lutero, para casarse y para que todo el mundo crea lo que quiera y haga lo que le dé la real gana.

Donación 3-II-83 Doña Rosa Parra

—Pero, hombre, eso no se entiende bien; ese Lutero, ó como se llame, pudo hacerlo sin necesidad de inventar nada.

—Claro que sí; pero como una de sus pasiones era la soberbia, y la otra la de casarse, fraile y todo como era, el curita no se anduvo en pelillos, sino que buscó textos y argumentos que le fueran poniendo á cubierto de la crítica de las gentes.

Si siendo fraile y cura como era, lo hubieran visto de bracete con su mujer, cualquiera le hubiera podido decir: “Pero oiga usted, fraile, ¿la religión consiente que viva usted de esa manera? ¿Pues un día no hizo usted voto de ser casto, y ahora se va usted de picos pardos como cualquier mozalbete perdido? ¿Y nos habla usted de *reformas* y de *fe*? Vamos, Fray Martín; la fe de usted, como la de todos los hijos de usted, los que cuelgan los hábitos para casarse, es del género. *femenino.*”

Y como no hubiera podido oponer argumentos con qué contestar, los

inventó diciendo que la Religión era muy santa y muy buena, pero que cada uno podía interpretar los textos sagrados como le diera la gana, y que él había descubierto que se podía casar; y es claro que, parapetado con este ingenioso invento, podía casarse no una, sino muchas veces.

—De modo que el fundamento del Protestantismo consiste en que cada cual crea lo que quiera y viva como le dé gana.

—Exacto. Proclamaron y han seguido proclamando eso que llaman *libre examen*.

—Pero, ¿qué entienden esos señores por *libre examen*?

—Ya os lo he dicho, pero lo aclararé más.

Libre examen es el derecho que tiene cada *quisque* de interpretar por sí mismo las Escrituras Santas, deduciendo de ellas por su propia autoridad lo que debe creerse y practicarse á fin de conseguirse la eterna salvación.

—Señores, continuó Pepillo, ese

libre examen en materias religiosas es una necesidad y una herejía.

Jesucristo no discutió con nadie, ni dió á nadie á examinar su doctrina; la anunció categóricamente como verdadera, y en tal sentido obligó á creerla; demostró la misión divina que trajo á la tierra con su autoridad; pero, una vez hecho esto, habló como Dios, sin dar otra garantía de verdad que la de ser suyas la doctrina y la enseñanza; y próximo ya al sacrificio de la cruz, dijo á sus discípulos: *Id y enseñad á todas las gentes.... Quien no creyere se condenará;* es decir, que ordenó á todos los fieles que creyeran, no que discutieran ó examinaran; y por esta razón, al rezar el *Credo*, decimos: *Creo en un solo Dios*, y no se nos ocurre decir: *estoy convencido*, porque lo que realizamos es un acto de fe al que nos conduce nuestra sumisión á la palabra de Dios, no el examen de los libros santos.

II

Pues ¿dónde está la diferencia?

—Entonces, replicó otro de los oyentes, eso que dicen por ahí que el Protestantismo es poco más ó menos lo mismo que el Catolicismo, ¿no será verdad?

—¡Qué ha de ser verdad, hombre de Dios! replicó Pepillo. Es una solemnísimá mentira; y si vosotros queréis lo explicaré, ya que es cuestión de actualidad con eso de la iglesia que han abierto en Madrid con dinero inglés cuatro perdularios que lo mismo creen en Lutero que en Mahoma, pero que querrían vivir á sus anchas y cobrar un sueldecito con que dar de comer á las pastoras, obispas y demas grey femenina....

—¡Que hable, que hable! gritaron todos.

—Cuando los agentes de esa religión de *estrangis* encuentran almas sencillas, ignorantes ó tontas, suelen comenzar sus tentativas con este

exordio: “Protestante ó católico, poco más ó menos es lo mismo.”
¿Y qué ha de ser lo mismo? Es absolutamente lo contrario; como que la religión católica viene de Dios, y la otra de Satanás.

¿Qué el Protestantismo, con sus mil sectas, es *poco más ó menos* lo mismo que la Religión católica! Eso es decir que, *poco más ó menos*, la buena moneda vale tanto como la falsa. ¿Lo queréis ver, señores?

Donde la Iglesia afirma, los protestantes niegan; donde la Iglesia enseña, los protestantes protestan. En la Iglesia católica reina la unidad más completa y más fundamental de enseñanza y de creencia, de culto y de religión. Entre los protestantes, cada uno cree como quiere y vive como cree: de modo que reina entre ellos la anarquía más deliciosa. Sólo en Inglaterra hay ciento diez sectas distintas, y ninguna verdadera. Como que cada loco puede fabricarse un *credo* para su uso particular.

El católico tiene por regla de su fe la enseñanza de su Iglesia. El protestante rechaza á la Iglesia, desprecia su autoridad y no conoce más que la Biblia interpretándola como puede y como quiere y le viene bien, y la acomoda á sus pasiones más ó menos limpias, y al buen entendedor basta.....

—Eso lo dirás tú por la *Pepa* del *Pae* Cabrera, interrumpió uno.

—Como todos esos *renegaos* tienen su correspondiente *Pepa*, lo digo por todos.

Sigamos. El católico venera al Papa como Vicario de Jesucristo, cabeza de los fieles, Pastor supremo y Doctor infalible de la ley. El protestante no ve en él más que un Anticristo, vicario de Satanás y enemigo principal del Evangelio.

El católico adora en la Eucaristía á Jesucristo, que está realmente presente en Ella. El protestante no ve allí más que un símbolo vacío, un pedazo de pan.

El católico venera, invoca y ama

á la Santísima Virgen María, Madre de Dios. El protestante se aleja de Ella con repulsión invencible, y á veces la mira hasta con desprecio, hasta con odio. Por eso el Protestantismo lleva el sello de la reprobación.

El católico recibe y conserva la vida cristiana por medio de los siete Sacramentos de la Iglesia, reparando sus faltas en el de la Penitencia, y alimentándose con el de la Eucaristía. Los protestantes no conocen estos Sacramentos, y apenas algunas de sus sectas conservan todavía la verdadera noción del Bautismo.

Así sucede con todos los dogmas. Cada día más protesta el Protestantismo contra la fe que ha abandonado. En Ginebra, en Strasburgo, en París, en todas las facultades de Teología protestante francesas, alemanas, americanas, etc., se oye á los pastores de las sectas negar la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, el misterio de la Santísima Trinidad y el pecado original, destruyendo así el Cristianismo por su base. Y el Pro-

testantismo, ya en putrefacción en los países donde nació, no es ya más que el puente para la impiedad y el ateísmo, y por eso viene, ó mejor dicho, quiere venir á América traído por cuatro perdularios vendidos al oro extranjero, para hacernos impíos sin que seamos protestantes.

— Y diga usted señor teólogo, ¿por qué no dejar que cada cual siga la religión que le parezca? ¿Quién sabe si las dos serán verdaderas!

— Hombre, hombre, bonita invención. Es como decir que dos y dos son cuatro, pero que pueden también ser cinco. No, y mil veces no. Si el Catolicismo es verdad, el Protestantismo es mentira, y muy gorda. No hay más que un solo Dios, una verdad, un Cristo, una fe y una religión verdadera.

Los que dicen que se encuentra la religión verdadera de Jesucristo tanto en el Protestantismo como en el Catolicismo, y *viceversa*, ó son incrédulos, ó ignorantes, ó unos insignes majaderos que no saben ni lo que es ser católico ni protestante.

Si dos religiones diametralmente opuestas entre sí, como lo son la Religión católica y las sectas protestantes, pudieran ser igualmente verdaderas, sería necesario decir que son iguales el SI y el NO, y afirmar que cuando dos hombres se contradicen sobre un mismo punto ambos tienen razón.

Tomemos un ejemplo entre mil. La Iglesia enseña que en el Sacramento de la Eucaristía Jesucristo está real y verdaderamente presente, mientras que casi todas las sectas protestantes niegan esta verdad, acusando de idolatría á la Iglesia por esta creencia. Ahora bien: una religión que se engañase, aunque no fuera más que sobre este solo punto, no puede ser la verdadera religión. Luego es materialmente imposible que el Catolicismo y el Protestantismo sean verdaderos á la vez.

He dicho.

Una tempestuosa salva de aplausos acogió las palabras de Pepillo, y convinieron todos en que tenía razón y en que la sabía defender.

—Bien se conoce que tiene un tío cura, dijo uno de los asistentes.

—Lo que se conoce, replicó otro, es que tiene talento, buena fe y, sobre todo, el valor de defender sus ideas católicas, que es lo que nos falta á la mayor parte de los católicos. ¿Habría muchos protestantes perdularios si hubiese muchos Pepillos?

III

Mentiras, farsas y gatuperios.

Como por este tiempo no se hablaba en Madrid de otra cosa más que de los protestantes, y éstos eran unos señores aquí muy poco conocidos por fortuna, cada cual procuraba enterarse de la vida y milagros de los nuevos *apóstoles* lo mejor que podía. Y, lector querido, te aseguro que salía á relucir de cada uno de estos *Padres* de la Iglesia evangélica española una historia que haría ruborizar á un Sargento de carabineros. ¡Vaya

unos *santos benditos* los que vienen á convertirnos!

En los círculos de obreros hablaban dos compadres, y claro, disputaban sobre lo mismo.

— ¿Qué quieres que te diga? A mí me gusta una religión así como esta que *pedrican* esos nuevos curas que dicen que han *venío* de Inglaterra. Darse buena vida, nada de ayunar ni de confesar, ni de beatorios de monjas, y creer y hacer cada uno lo que le dé la gana.... y luego en la hora de la muerte, con decir *Señor Jesús*, al cielo con zapatos y todo....

— Pero, Juanito, si yo no te niego que esa religión sea muy cómoda. ¡Vaya si lo es! Si precisamente se inventó para poder vivir anchos y poder gritar: “¡Viva la libertad!” No hay más sino que, ni es religión, ni cosa que lo valga, sino un hatajo de mentiras; ni sirve para ir al cielo, sino para que se lo lleven á uno los demonios; ni esos apóstoles son tales apóstoles, sino (de los españoles hablo) cuatro curas ó frailes

renegados, más amigos de las *faldas* que de las sotanas, y que se hicieron Pastores como se podían haber hecho turcos. Y si no, mira: te voy á leer algo de este librito que he comprado para enterarme del asunto y no hablar, como tú, por boca de ganso.

Y el obrero católico leyó con hermosa entonación estos trozos del librito número 13 de *La Propaganda Católica* de la Palencia:

CAVILA—Señor Prudencio, quince siglos hace que me ha prometido usted hablarme de los protestantes, y nunca llega la hora; pero lo que es hoy le aseguro á usted que no sale de aquí sin que me ponga al corriente en este asunto.

PRUDENCIO—Pero, hombre, ¿por qué tienes tanto empeño en que te hable de los protestantes?

C.—¿Y por qué tiene usted tanto empeño en no hablarme?

P.—Pues por una razón muy sencilla: ya sabes que yo padezco bastante del estómago, y el asunto de los protestantes huele mal, pero muy mal.

C.—Hombre, pues con dos cuartos de espliego que echemos en la lumbré está salvada la dificultad....

P.—Mira el título de un libro que ha escrito un amigo mío que tuvo la desgracia de afiliarse á la secta, despechado por ciertos desaires que sufrió en su carrera y ha recorrido uno por uno todos los grados de la jerarquía protestante hasta llegar á *Pastor*, grado al que llegan muy pocos. Al fin, convencido de la falsedad de ese mal llamado cristianismo, porque algún tiempo creyó en él de buena fé, se ha convertido y ha escrito un libro que ha titulado: *Historia de las sociedades bíblicas, de sus jefes y emisarios; noticias de varias capillas protestantes en España, de sus pastores, misioneros y feligreses, ESCANDALOS, RENCILLAS, DOCTRINAS, VIDAS Y MILAGROS*.....

C.—Pero si los protestantes dicen que son tan cristianos como nosotros.

P.—Pues si son tan cristianos como nosotros, y nosotros tanto como ellos, ¿qué religión es la que vie-

nen á predicarnos? Si es la nuestra, se cansan en balde, porque de puro sabida la tenemos ya olvidada; y si es otra.... no será la cristiana.

C.—Ciertamente que aquí debe de haber algún *intrínquilis*.

P.—¿Y no lo adivinas?

C.—Así de pronto, no, señor.

P.—Discurre un poco sobre los nombres “cristiano” y “protestante,” y acertarás con el *intrínquilis*.

C.—Ayúdeme usted.

P.—¿Qué quiere decir cristiano?

C.—El que pertenece á la religión cristiana.

P.—¿Y por qué se llama cristiana la religión cristiana?

C.—Porque la fundó Cristo.

P.—Luego si Cristo hubiera fundado la religión protestante, se llamaría cristiana y no protestante.

C.—Así parece.

P.—Ahí tienes, pues, probado por el mismo nombre de la religión protestante que no es cristiana.

C.—¿No me dará usted alguna prueba más?

P.—Todas las que quieras.

C.—Todas las que usted tenga.

P.—¿Sabes tú cuántos siglos hace que existió Jesucristo?

C.—Diez y nueve.

P.—¿Y sabes cuántos hace que existen los protestantes?

C.—No, señor.

P.—Tres.

C.—¿Tres nada más?

P.—Tres nada más.

C.—¿De modo que la religión cristiana existió diez y seis siglos antes que la protestante?

P.—Justos.

C.—Entonces no puede ser la misma.

P.—Por esto te digo yo que los protestantes no son cristianos más que por el traje.

C.—Entonces, ¿por qué dicen que lo son como nosotros?

P.—Para engañar á los ignorantes y atraerlos á su religión, que no es religión ni es nada.

C.—¿Pues qué es?

P.—El nombre lo dice.

C.— ¿Qué nombre?

P.— El de *protestante*.

C.— ¿Qué quiere decir *protestante*?

P.— Protestante es todo el que protesta, el que se rebela contra una cosa, y los protestantes no enseñan nada positivo, niegan y nada más...

En cambio la Iglesia católica se llama la Iglesia docente, esto es, la Iglesia que enseña. Por eso los católicos todos tenemos una misma fe, unos mismos Mandamientos y unos mismos Sacramentos; todos creemos lo mismo y practicamos lo mismo. Vino Lutero, y *protestó* contra esa autoridad: dijo que no era necesaria; que para salvarse bastaba la Biblia, entendiéndola cada uno como quisiera, y quitó y puso sacramentos y mandamientos y artículos de fe según él entendía la Biblia; pero hubo uno de sus discípulos tan atrevido como él, y dijo: “pues yo la entiendo de otro modo;” y quitó otros artículos de fe y puso otros nuevos, y lo mismo hizo con los mandamientos y los sacramentos; y vino otro, y

otro, é hicieron lo mismo, y cada uno fundó una religión, y tuvieron sus secuaces hasta el punto de que, quitada la autoridad para la interpretación de la Biblia, sucede que hay, por ejemplo, una familia compuesta de padre y madre, suegro, suegra, nuero, nuera, hijos, nietos, bisnietos, tataranietos, abuelos, abuelas, bisabuelos y tatarabuelos, que cada uno tiene una religión porque cada uno entiende la Biblia á su modo.

C.—Pues, señor, vaya un barullo.

P.—Tú lo has dicho. Eso es la religión protestante, barullo, barullo, barullo. Por eso puede decirse que ya no existe la religión protestante, porque las personas de instrucción y de buen criterio se hacen católicas ó pasan á ser racionalistas, que es la consecuencia legítima del protestantismo: los que quedan en él son los perdidos, granujas, suripantas, etc., de que habla el señor Bon.....

P.—¿Qué dos cosas niegan los protestantes?

C.—La autoridad de la Iglesia

católica y la Tradición, que es precisamente contra lo que siempre están predicando.

P.—Pues esas dos cosas se las vas á probar por la misma Biblia, que todos admiten.

C.—Vengan esas pruebas y esta noche me voy con ellas á la capilla protestante.

P.—Dice la Biblia en los versículos 18 y 19 del capítulo XVI del Evangelio de San Mateo, que dijo Jesús á San Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, desatado será en los cielos.* Según el versículo 32 del capítulo XXII del Evangelio de San Lucas, dijo también Jesucristo á San Pedro: *Yo he rogado por ti para que nunca jamás falte tu fe; y tú, á tu vez, confirma á tus hermanos.* Y, por último, según los versículos 16 y 17 del capítulo XXI del Evangelio de San Juan, dijo ásimismo Jesucristo

á San Pedro: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

Aquí tienes la autoridad *infalible* establecida por el mismo Jesucristo para enseñar su doctrina, para explicar la Biblia y para saber cuál es la verdadera. Sometidos los católicos á esta autoridad, como no podemos menos, porque así nos lo mandó el mismo Jesucristo, no reñimos nunca por la interpretación de la Biblia; todos la entendemos del mismo modo, porque la tenemos explicada por esa autoridad infalible establecida por el mismo Jesucristo, según has visto en la misma Biblia, y esta explicación está en las notas que te dije antes que tiene mi Biblia, y que acreditan también que es la verdadera.

C.—Ahora mismo me voy á ver á los *evangélicos*. ¡No son ellos malos evangélicos!

P.—Aguarda, hombre, que te falta otra cosa.

C.—¿Cuál?

P.—Probar á los protestantes que

no basta la Biblia para saber lo que se ha de creer.

C.—¿Por qué no basta?

P.—Porque no todo lo que se ha de creer, ni lo que se ha de orar, ni lo que se ha de obrar, ni lo que se ha de recibir para ser cristiano, está contenido en la Biblia, sino que parte está en la Biblia y parte está en la Tradición.

C.—Venga la prueba.

P.—Jesucristo no predicó su religión ni enseñó su doctrina por escrito, sino de palabra, y aun muchos años después de su ascensión á los cielos, los Apóstoles estuvieron predicando la Religión cristiana de palabra y no por escrito; luego la Religión cristiana es anterior á la Biblia; hubo cristianos, y los mejores cristianos, sin Biblia; luego cuando los protestantes dicen: “Nosotros somos los verdaderos cristianos porque tenemos la Biblia,” engañan, porque los verdaderos cristianos, los mejores cristianos, los que oyeron predicar al mismo Jesucristo, no

tuvieron la Biblia; luego el que la tengan los protestantes, aunque fuera la verdadera, que no lo es, no prueba que sean ellos los verdaderos cristianos. Para ser verdadero cristiano, lo que se necesita es saber y practicar *toda* la doctrina de Jesucristo, y *toda* la doctrina de Jesucristo no está en la Biblia.

C.— ¿No está en la Biblia?

P.—No.

C.— ¿Pues cómo no?

P.—Ya te he dicho que Jesucristo no escribió nada. Predicó su religión de palabra y no por escrito. Quienes escribieron fueron los Apóstoles, y no escribieron todo lo que hizo y enseñó Jesucristo, sino una mínima parte, y esto se prueba por la misma Biblia.

C.— ¿A ver, á ver?

P.—San Juan, en el último versículo de su Evangelio, dice: *Otras muchas cosas hizo también Jesús que, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.*

San Pablo dice á los tesalonicenses en la epístola segunda, versículo 14: *Guardad las tradiciones que aprendisteis ó por palabra ó por carta*; con lo cual da á entender bien claramente el Apóstol que no toda la doctrina de Jesucristo se había escrito, y que tanta autoridad tenía y lo mismo debía observarse la escrita que la que se había enseñado de palabra y se conservaba por tradición. ¿Quiéres más textos para probar á los protestantes que ni Jesucristo ni los Apóstoles escribieron toda su doctrina en la Biblia, y que, por lo tanto, no basta la Biblia para ser cristiano, sino que es necesaria también la *Tradicición*?

C.—No, señor, basta, y ahora mismo me voy.

P.—No se te olvide decirles que todo esto se lo pruebas por la Biblia.

C.—Pierda usted cuidado.

P.—Y que si no admiten la Tradición no pueden saber cuál es la verdadera Biblia, porque la Biblia no lo dice.

C.—Corriente.

P.—Y que, por consiguiente, son unos farsantes, que dicen que son cristianos para engañar á los tontos.

C.—Eso queda de mi cargo.

P.—Y que los que por aquí vienen á predicar el Protestantismo son.... lo que dice el señor Bon (1) en su libro: unos granujas, vagos, perdidos, holgazanes y dados á toda clase de vicios, y los que les siguen unos ignorantes ó unos perdidos, mujeres de mal vivir etc., etc.

—Ahí tienes, dijo el católico cerrando el libro, lo que hay del asunto del Protestantismo. Tiene tres siglos nada más de existencia y dice que viene de Cristo, cuando sólo ha venido de los vicios de Lutero, Calvino y compañía. ¡Qué pajarracos, compadre! Para tal religión tales fun-

(1) “Algún libertino que jamás entraba en el templo, algún hombre del pueblo que nunca se cuidò de instruirse en religión, algún licencioso que ha sufrido amonestaciones de su Cura, alguna *traviata* que odia la confesión, algún Cura descontento de su Obispo porque le aprieta donde es monester, algún desocupado, tronera, holgazán, etc., etc.” Esa es la gente que millones de veces ha visto el señor Bon en las capillas protestantes. (Folio 6 de su libro).

dadores. Dice que viene á *reformar*, y se lleva la basura de los pueblos católicos, y cada pastor es un hereje *renegao*, lleno de líos sensuales y de enredos pecuniarios, y aquí paz, y después.... infierno. Dice que es la *verdadera* Iglesia y no enseña más que falsedades y mentiras, y llamándose verdadera en todas partes, tiene quinientos *Credos*, unos contrarios á otros, y todos falsos. Dice que viene á enseñar santidad, y en tres siglos no ha tenido más *santos* que á los Luteros, Calvinos, Jacintos, Tornos y compañía, todos santos casados por lo *civil* y con muchos *milagros*.

—Vamos, chico, ya basta, que veo que tienes razón, y que en todo eso, aunque esté en la calle de la Beneficencia, no hay más que mentiras, farsas y gatuperios.

IV

Los que se pervierten al Protestantismo y los que se convierten al Catolicismo.

Otra vez nos encontramos en el café de marrasal infatigable Pepillo, el cual peroraba de día y de noche contra la plaga de los vividores de oficio que con el nombre de protestantes han abierto su lonja de contratación y comercio de conciencias en la viña del *oso y del madroño*.

Evidentemente que se ponían siempre de su parte todos los hombres honrados y de sentido común; pero era de rigor que le contradijesen todos los bribones, los libre-pensadores y perdularios, los caballeros de industria, racionalistas por falta de razón y católicos de pega, y claro que, si por allí había alguna *señora* también de industria y de vida *non sancta*, hacía causa común con los hijos del *casto* Lutero y del *dulce* Calvino, por aquello de que el *libre examen* se hermana muy bien con el

amor libre, el pensamiento libre y las manos libres, y ¡viva la libertad!

Cuando entramos en el café, Pepillo, encaramado en una silla á guisa de tribuna, pronunciaba su vigésimo discurso de aquel día. Y por aquello de ser un chico ilustradísimo que había corrido la Ceca y la Meca, y había vivido en países protestantes, la gente lo escuchaba con la boca abierta. Cuando nos acercamos al grupo, decía así:

—Señores, yo afirmo que el católico que se hace protestante lo hace siempre por motivos vergonzosos, y el protestante que se convierte á nuestra religión lo hace por motivos honrosos y de conciencia.

He conocido á algunos católicos de nombre que querían hacerse protestantes. Uno de ellos era un chico amable é inteligente, pero perdido en pos de la hija de un pastor luterano. Otro era un Cura desgraciado que había abandonado todas sus obligaciones y vivía en el escándalo. El Obispo de su diócesis había tenido

que recogerle las licencias... y ahora, claro, es cura protestante. Otro era un fraile que se llamaba *Cabrera* y ustedes lo conocen, que se escapó á Gibraltar por... por amor al arte y... al Protestantismo. Otro era un tal *Tornos*... pero, vamos, si todos son iguales, con los dichos sobra.

Estan conocido el carácter de estas pretendidas *conversiones* al Protestantismo, que los mismos protestantes leales las lloran. Uno de sus escritores decía: "El Protestantismo le sirve de albañal al Catolicismo." Y el Deán Swift, protestante también, añadía: "Cuando el Papa limpia su jardín, echa las malas hierbas al nuestro." Estas palabras se han convertido en un adagio inglés.

"Mientras que la Iglesia católica, dice un diario protestante de Suiza, atrae á sí continuamente á los protestantes más sabios y más honrados, nuestra Iglesia reformada está reducida á tomar por reclutas á los frailes apóstatas, á los Curas lacivos y concubenarios, y á la gente más perdida."

Ciertamente, desde Lutero y Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Bucero y demás canalla, todos los cuales fueron frailes apóstatas ó malos sacerdotes, algunos perversos individuos del clero católico, siguiendo la huella de aquellos malvados, se arrojan como por instinto en brazos del Protestantismo, donde encuentran simpatía y protección. Eran el oprobio y la hez del Catolicismo, lo cual no obsta para que, sin transición, los protestantes los hagan ministros del Evangelio *puro*, y hasta obispos inclusive.

En Inglaterra ha sido llevado en triunfo el fraile apóstata Achilli, lanzado de su convento, y hasta de su país, por su infame libertinaje, y otros miserables parecidos á él han hallado buena acogida y lucrativos empleos entre los protestantes de Ginebra y de París. Guarde la *Reforma* estas conquistas. Se las cedemos con mucho gusto.

De muy distinta manera muchos protestantes se hacen católicos.

Desde luego concedo que, á veces,

puede suceder que ciertos motivos humanos induzcan á un protestante á entrar en la comunión de la Iglesia; pero éstos no son ni pueden ser otra cosa más que excepciones imperceptibles. Los protestantes que se hacen católicos, como hemos visto por confesión de los mismos protestantes, son los más honrados, sabios y virtuosos que hay en el seno del Protestantismo. Este hecho es más palpable que nunca en nuestros días.

En Inglaterra, durante los últimos quince ó veinte años, han abjurado la herejía un número considerable de ministros anglicanos, que eran lo más florido de las universidades inglesas y los maestros de las ciencias, bastando citar los nombres de Newman, Manning, Faber y Wilberforce para tapar la boca á toda contradicción. Cada día los diarios ingleses publican, con despecho, nuevas conversiones ocurridas en el clero protestante, en la nobleza, en la magistratura ó en el ejército. Muchísimos de los Jesuitas, que defienden en

Inglaterra la Religión católica, son protestantes convertidos.

La Alemania ha dado también los más ilustres ejemplos de conversiones á la fe católica, especialmente en las familias de soberanos y príncipes. Desde el año 1817 el Duque de Sajonia Gotha, pariente próximo del Rey de Inglaterra, volvió al seno de la Iglesia, y por su viva piedad llegó á ser la edificación tanto de los católicos como de los protestantes. En 1822 tuvo lugar la conversión del Príncipe Enrique Eduardo de Schoemburgo; en 1826 la del Conde Ingenheim, hermano del Rey de Prusia; la del Duque Federico de Mecklemburgo; la de la Condesa de Solms Bareuth; la de la Princesa Carlota de Mecklemburgo, esposa del Príncipe real de Dinamarca etc., etc. A estas conversiones de Príncipes debe añadirse la del hermano del actual Rey de Württemberg, verificada en París el año 1851.

Entre estas conversiones fué una de las más brillantes la del célebre

literato Werner. Elevado ya en Berlín á los empleos más altos, todo lo abandonó por hacerse católico primero, y después sacerdote. Murió religioso en la Orden de los Redentoristas, fundada por San Alfonso María de Ligorio. Refiérese de él que, convidado á comer por algunos grandes personajes protestantes, uno de ellos, que no podía perdonarle su separación de la pretendida Reforma, le dijo delante de todos que él no podía nunca apreciar á un hombre que hubiera cambiado de religión. “Yo tampoco, replicó Werner, y por eso justamente siempre he despreciado á Lutero, que antes de ser protestante fué católico.”

En Suiza, entre los protestantes más distinguidos que se han hecho católicos, es necesario citar, en primer lugar, á Carlos Luis de Haller, patricio de Berna y miembro del soberano Consejo. Este, como les sucedió también á la mayor parte de los que acabo de citar, tuvo el honor de ser perseguido, privado de todo

título y empleo, y aun desterrado al mismo tiempo por los protestantes, cuya *tolerancia* es igual donde quiera que pueden dominar.

En nuestros días, ¡cuántos protestantes de Francia, y especialmente cuántos de sus *pastores*, se arrojarían con gozo en los brazos de la Santa Iglesia, si no los detuvieran los obstáculos tan poderosos de su familia é intereses temporales! Los consistorios protestantes saben bien lo que hacen casando á los jóvenes *pastores* desde que salen de la escuela. El obstáculo mayor para la conversión de un ministro protestante son su mujer y sus hijos, porque desde que abjura, perdiendo el destino y el sueldo, no tendrá para mantener á su familia. Podría citar más de un ejemplo en apoyo de esta observación. (1)

La América del Norte no ha que-

(1) Lo mismo, y aun más que en Francia, la familia y las rentas son en Inglaterra el mayor obstáculo á la conversión de los ministros protestantes. Sin embargo, gracias al Cielo, en muchos de ellos triunfa la gracia. Pasan de doscientos los clérigos anglicanos que en estos últimos años se han hecho católicos.

F A E S

Biblioteca

dato fuera de este movimiento que conduce hacia el Catolicismo á las inteligencias elevadas, rectas y religiosas. Para abreviar, me contentaré con referir la conversión del Obispo protestante de la Carolina del Norte, el doctor Yves, hombre venerado de todos los de su secta por su ciencia y sus virtudes. Buscó la verdad con un corazón recto y luego que la hubo encontrado, todo lo abandonó por seguirla. Dejó su obispado protestante y resolvió ir á Roma para ponerse á los pies del Sumo Pontífice. El 26 de Diciembre de 1852 hizo su profesión de fe católica en la capilla particular del Papa; y postrándose á los pies de Su Santidad, le presentó el anillo y los sellos, que eran las insignias de la dignidad que tenía entre los protestantes, como también la cruz que usaba en las ocasiones solemnes. En este acto le dijo: “Santo Padre, he aquí las señales de mi rebelión.—En adelante serán las de vuestra sumisión, respondió el Vicario de Jesucristo; y

como tales iréis á depositarlas en el Sepulcro de San Pedro ».

Muéstrenos el Protestantismo sus conquistas, para compararlas con las que ha hecho el Catolicismo en estos grandes hombres. No le pediremos hombres ilustres, hombres que por el brillo de su talento y la nobleza de su carácter puedan hacer contrapeso á los que acabamos de citar y otros muchísimos que se omiten. Es evidente que el Protestantismo no los tiene, pues si los tuviera los publicaría á voz en grito. Pero muéstrenos por lo menos, muéstrenos algunos católicos *instruídos y prácticos* que hayan abandonado á la Iglesia estrechados por la necesidad de una creencia mejor y que hayan edificado á sus nuevos correligionarios con el espectáculo de una vida ejemplar y cristiana. Se desafía al Protestantismo para que presente siquiera una *sola* persona de esta clase.

Los apóstatas que se pasan al protestantismo son casi siempre individuos que esperan, por el cambio de

religión, mejorar de fortuna ó corazones ulcerados que quieren vengarse por medio de un escándalo.

Los que salen de las sectas protestantes para entrar en la Iglesia de Jesucristo, vienen á buscar, y efectivamente encuentran en ella, la fe sólida, clara y precisa, el consuelo, la paz, la santidad y el amor.

Concluiré por hoy con un hecho de pública notoriedad, cuya consideración ha conmovido la conciencia de muchos protestantes. No hay sacerdote católico, por poco extenso que sea el ejercicio de su ministerio, á quien no se haya llamado varias veces para recibir la abjuración de protestantes moribundos, mientras que sería imposible citar el ejemplo ni de un solo católico serio que se haya hecho protestante en el momento de comparecer delante del tribunal de Dios.

La ignorancia, las malas pasiones y el olvido de la Justicia divina, arrastran las almas al Protestantismo.

La rectitud de conciencia, la sabi-

duría, el amor de la verdad y el santo temor de Dios, atraen las almas á la Iglesia católica.—Sáquese la consecuencia.

V

¿ Religión ó mojiganga ?

—Yo creo, Sr. D. Pepe, que hay que hablar con más respeto de eso que será lo que se quiera, pero que al fin y al cabo es una religión....

—¡Qué religión, ni qué cuerno!— dijo Pepillo amostazado con la interrupción del estólido bebedor.—Eso no es religión, ni cosa que lo valga; es una mojiganga y un pretexto de cuatro curas libertinos para comer, beber, pasearse y no trabajar y, sobre todo, eso no sirve más que para corromper el pueblo, combatir el Catolicismo que es la religión verdadera y llevar la duda, la impiedad, la indiferencia religiosa á todas partes.

¿ Estamos ?

—¡ Y cómo probaría Ud., — dijo otro vecino— que eso no es religión ?

¿ Pues no tienen templos ? ¿ No tienen cultos ? ¿ No tienen ministros ? ¿ Qué más necesita el Protestantismo para que Ud., que la viene aquí echando de Papa, la declare religión ?

No es mala *papa* la que Ud. nos está endilgando.

— No, señor; repito que eso no es religión, ni cosa que lo valga, sino una comedia religiosa y nada más, aunque á Ud. le pese. Y si no, vamos á ver. ¿ Tendrá Ud. valor para llamar templo á un salón más ó menos espacioso, más ó menos cómodo, en donde nada habla de Dios; en donde no hay altar; en donde, si le hubiese, estaría ciertamente de más porque tampoco hay sacrificio que ofrecer en él; en donde no hay una pintura, ni una estatua, ni un relieve siquiera que exciten la piedad ó conviden á la práctica de las virtudes cristianas ? Si esto es templo, ¿ en dónde está el Dios que en él se adora ? Y si es templo sin Dios, ó lo que es lo mismo, *casa de Dios* sin Dios, ¿ por qué no se llaman con igual hermoso nom-

bre el salón de baile y la lonja de los comerciantes ? ¿ No le aventajan talvez en capacidad, en riqueza de ornamentación é indudablemente en concurrencia ? No hay ni ha habido jamás religión alguna sin sacrificio. ¿ Cuál es el sacrificio protestante ? La música y el sermón y pare Ud. de contar. Nada, lo dicho: esos templos son salones de música ó, si os parece mejor, señores, *templos profanados*.

Allí no arde al pie del tabernáculo la lámpara solitaria que recuerda la presencia del Dios escondido. Allí no nos contemplan desde sus nichos las imágenes de María ó de los Santos, recordándonos á cada paso las verdades, ya dulces, ya aterradoras, de nuestra fe. Aquélla, repito, no es la casa de Dios. Es una casa de comercio.

Pues bien: eso es lo que brilla de un modo elocuente en los templos llamados protestantes: la ausencia de Dios. Siga, pues, si quiere, llamando á *eso* un templo. Todas las naciones y todos los siglos paganos, mahome-

tanos y católicos, han dado á esa palabra otra significación muy distinta. El sentido común nos dice, pues, que los protestantes no tienen templo.

— ¿Y qué tiene Ud. que decir de los ministros?

— Esos señores merecen capítulo aparte. Pero, por el pronto, diré que no hay tales ministros ni calabazas. Porque no puede haberlos ciertamente donde no hay ministerio que ejercer.

No hay sacrificio que ofrecer, porque la misa fué abolida; no hay Sacramentos que administrar, porque el buen luterano se ríe de ellos; la predicación es inútil si cada protestante puede bastarse á sí mismo con su Biblia en un bolsillo y el libre examen en el otro. ¿Qué le queda, pues, que hacer al ministro? ¿Cuál es su misión? ¿Cuál es su ministerio? Nada absolutamente, fuera de cobrar las libras inglesas. Casi se concibe perfectamente cómo puede casarse sin la menor dificultad el ministro reformado. En el púlpito se levó una

vez cada semana', interpretando en virtud, no de su ministerio, sino de su soberana razón libre, la Sagrada Biblia, que cualquiera de sus oyentes puede á su vez interpretar.

No le busquéis, pues, en el altar ni al lado del moribundo, ni en las penosas tareas de la catequística. Contempladle del brazo de su *mujer* en los paseos y teatros de la ciudad. Vive como debe. Es la personificación de su secta. Mejor dicho, es un epigrama viviente en contra del Protestantismo.

¿ Sus actos religiosos ? ¡ Ah ! no habléis de ellos en plural, porque los protestantes no conocen más que uno: la predicación. Para esto sólo se reúnen, para esto sólo observan el Domingo, para esto sólo tienen sus llamados templos. ¡ Ah ! sí, para otra cosa más. Para cantar y cantar salmos y más salmos, que ni los pastores entienden ni las ovejas tampoco.

Pues bien ; si en esto consiste todo el culto de los protestantes, bien puedo afirmar, sin temor de que na-

die me contradiga, que los [protestantes no tienen culto.

Comparad, señores, ahora, continuaba sin cansarse el joven orador, religión con religión, aun sin fijarnos más que en esa cubierta exterior que llamamos culto. Tended una rápida ojeada sobre nuestro calendario católico. El año es para nosotros una como riquísima galería y cada festividad viene á ser en ella un cuadro espléndido en cuya meditación podemos apagar la sed de verdad, de moralidad y de belleza, porque nuestras festividades ilustran el entendimiento, á la vez que mejoran el corazón y rodean de encantos nuestra existencia. Por ellas han llegado á ser nociones eminentemente populares los misterios más recónditos de la fe y lo más sublime que apenas alcanzaron á columbrar los filósofos del paganismo.

Las ceremonias de la Iglesia de tal suerte se han identificado con nosotros, que han venido á formar la parte más esencial de nuestras cos-

tumbres públicas y privadas. Las épocas del año las señalamos más bien por las cuentas de las festividades que por la de los meses y estaciones, y una gran parte de nuestro pueblo no usa otro sistema de cronología. De tal suerte el culto ha venido á hacerse nuestra segunda naturaleza.

Contemplad nuestros templos; y á pesar de los monumentos preciosos que desde el 35 acá ha destrozado la piqueta revolucionaria, enemiga de Dios y del arte, todavía son los templos los mejores edificios del mundo. En ellos encuentra á todas horas el pueblo un museo constantemente abierto en donde se entra sin necesidad de tarjeta ó de recomendación, en donde se muestran á todos los ojos las maravillas del arte. Y á pesar de la escasez de recursos que aflige á la Iglesia, gracias á tantos despojos, todavía para nosotros pintan y esculpen los mejores artistas, todavía dirigen nuestras orquestas y se sientan en nuestros órganos los mejores compositores. Porque en nuestro culto cabe todo lo que es bello.

Y todo porque es católico, es nacional, eminentemente nacional, no de *extrangis* como ese tísico y ridículo Protestantismo que viene aquí cuando yá está muerto y desacreditado en todo el mundo.

Esto es tener culto, señores; esto es dominar el corazón, subyugarle por completo, hacerse dueño de todo el hombre.

Entretanto, señores, continuaba cada vez más enardecido el elocuente Pepillo, yo diré á todo católico, pues todo católico es un hermano mío: si por ventura diera contigo alguno de dichos señores, que, Biblia en mano, te convidara á abandonar la fe de tus padres, pídele antes algunas explicaciones sobre los puntos siguientes: ¿A qué templos querrá conducirte cuando te sientas con ganas de orar, que al fin y al cabo todo hombre siente alguna vez esta dulce necesidad? ¿Qué sacerdotes te proporcionará para tu dirección, para la enseñanza de tus hijos ó para el consuelo de tu alma? ¿Qué sacramentos guarda para

calmar tus remordimientos ó para endulzar la amargura de tus postremos instantes? ¿Qué sufragios para tu alma después de la vida presente, si, como es muy facil, tienes que guardar *cuarentena*, pues sabes bien que nadie puede penetrar en los cielos sino con patente muy limpia? ¿Cómo se las compondrá para dar desahogo y expansión al regocijo de tu alma en las grandes festividades? En una palabra: ¿Con qué invenciones cuenta para suplir toda esa pompa católica que no sólo mejora con sus frutos nuestra vida, sino que con sus flores la consuela y la embellece?

Y si á ninguna de estas preguntas sabe darte contestación satisfactoria, que de fijo no sabrá darla porque no puede, dile tú que en esta tierra la secta que pretenda engañarnos ha de empezar por apoderarse de nuestro corazón y que para tal empresa no se ha hecho el protestantismo. Dile que tú y tu mujer y tus hijos sentís hartos placer, muy á menudo, en postrosaros bajo las bóvedas de nuestros

templos, á los pies del confesor, ante las sagradas imágenes de María Santísima y junto al tabernáculo de Jesucristo Sacramentado, para que así, de buenas á primeras, os resolváis á renegar de tan dulces objetos. Dile, en una palabra, que se vaya con *sus músicas* á otra parte, que en la tierra de la Virgen de Lujan y de Santa Rosa de Lima, no puede haber lugar para una secta estéril y maldita que reniega de la Virgen Santísima y no cree en la Eucaristía.

VI

Los “Santos Padres” del Protestantismo.

Ahora, lector amigo, sin diálogos, ni discursos, ni cosa que lo valga, sino razonando en paz y gracia de Dios, te voy á probar, como dos y tres son cinco, que todo eso del Protestantismo no es nada más que un conjunto de picardías y de impurezas. Que esa secta diabólica no ha sido

más que una invención del demonio para engañar almas, y que lo que tan perverso es, no ha podido venir de Dios, sino del infierno.

Y el argumento que te voy á poner es tan claro que lo puedes entender aunque fueras, que no lo serás, muy corto de entendimiento.

Y si no, escucha.

Dios es santo; luego no ha podido elegir á Lutero, ni á Calvino, ni á Zuinglio, ni á Enrique VIII, ni á los otros *Santos Padres* de la Reforma, para fundar, nada ni bueno, ni decente siquiera.

El historiador protestante Cobbet dice: “Nunca vió el mundo, en un solo siglo, una colección de miserables, tales como los fundadores del Protestantismo.”

Demos una *pasadita* á los jefes.

El año de 1483 es célebre por el nacimiento de Lutero. Un rayo que hirió de muerte á un compañero suyo con quien paseaba, decidió su vocación y le condujo á las puertas del claustro. En las pacíficas lides de es-

cuela reveló yá el joven teólogo algo de aquel carácter violento y descomedido que, después de su perversión, le hizo ridículo é inaguantable aun á sus mismos amigos. En 1516 publica León X su célebre bula de indulgencias. La predicación de dichas indulgencias encomendóse por la Santa Sede á los Padres dominicos. Creyóse desairado el teólogo agustino con esta, á su parecer, injusta preferencia (1520), y empezando por atacar aquella disposición, atacó luego las mismas indulgencias, negó en seguida la facultad de concederlas, puso luego en tela de juicio la supremacía del Pontífice y, presa yá del vértigo que le ciega, toma la bula y va y quema el documento pontificio en la plaza pública de Wittenberg.

En alto yá la bandera de insurrección contra la Iglesia, lo procedente fué reunir parciales, formar ejército. Facil tarea. Lutero sabía el secreto de proporcionarse secuaces entusiasmados y decididos. El diablo era su maestro, y según cuentan, armaban los

dos compadres cada camorra que aquello era un infierno. No parece sino que pudo aprender de los modernos directores de pronunciamientos. A los pueblos decía: "Sois libres; lo que vosotros penséis, ésa es la verdadera doctrina; lo que queráis hacer, esa es la verdadera moral." A los príncipes: "Sois dueños de todo. Nadie puede pedir os cuenta de vuestros actos; los bienes de la Iglesia os pertenecen." A los monjes y clérigos relajados: "Abajo los votos; vuestra castidad es un absurdo; la penitencia una necedad." Y al grito mágico de libertad en todo y para todo, los príncipes alemanes echaron mano á los bienes de la Iglesia; los pueblos la emprendieron contra los señores; finalmente, clérigos y monjes de dudosa santidad, diéronse prisa á casarse, y aquello acababa siempre, ó mejor dicho, empezaba, según decía Erasmo, como las comedias: por un casamiento.

Nuestro Martín animaba la broma y el jolgorio con su tan celebrado

axioma: *Pecca fórtiter et crede fortius*; “Peca mucho con tal que creas mucho más.” ¡Felicísima invención, ingenioso salvoconducto para autorizar todo exceso! ¡Viva la fe sola, muy cómoda ciertamente cuando no hay obligación de creer sino lo que se quiere!

En honor de la verdad, hay que consignar que la vida del reformador fué conforme á la doctrina que predicaba. No puede culpársele en esto de inconsecuencia.

Enamoróse de Catalina Boré, desdichada religiosa que había profesado cinco años antes en el monasterio de Mimpstchen. En día de Viernes Santo, á las once de la noche, sacóla de su retiro con otras ocho compañeras y se casó definitivamente con ella, verificándose ocultamente la sacrílega ceremonia.

Los remordimientos atormentaron desde luego el alma del apóstata infeliz, y el mismo Melanctón, amigo suyo y hereje como él, vióse en la precisión de consolarle. Empero no

fueron parte para que se detuviese en tan horrible sendero, sino más bien para que en él se encenegase con nuevas y más inmundas brutalidades. Sus conversaciones de sobremesa, verdaderas escenas de bodegón y de plaza, fueron recogidas y publicadas como cosa curiosísima por los mismos protestantes, que son los que peor han dejado la reputación de su Jefe.

La muerte de Lutero fué tan horriblemente cómica como lo fué su vida. Falleció á la edad de sesenta y seis años, en 1546.... á los postres de un banquete.

LA VERDAD SOBRE LA MUERTE DE LUTERO (1).

« La crítica histórica al fin descubre las supercherías que circunstancias locales ó intereses particulares han ocultado largo tiempo: cuarenta y seis años han trascurrido sin saberse la

(1) Nos permitimos agregar aquí el siguiente capítulo que extractamos de "El Mensajero del Corazón de Jesús" semanario que se publica en Buenos Aires.

verdad sobre el horrible drama de Eisleben. Un testigo ocular, el ayuda de cámara de Lutero, quedó tan asombrado de este siniestro suceso, que renunció al protestantismo é ingresó en la Iglesia Católica. Arrepentido y queriendo confesar la verdad, reveló el hecho, que en Alemania publicó el celebre historiador Tomás Boxio en su obra *De Signis Ecclesiae*, donde leemos que Lutero, después de haber cenado copiosamente, se fué al lecho y apareció ahorcado. La autoridad de Boxio nunca ha sido desmentida; pero no consigna los pormenores del drama que el sabio Sedulio, durante su residencia en Friburgo, estudió según el documento inédito escrito del citado criado de Lutero, que publicó en sus *Praescriptions* (Amberes, 1606) y del que extractamos lo siguiente: «Mi conciencia y vuestros ruegos me alientan para resistir la indignación de los hombres, y más me anima á decir la verdad el respeto á Dios omnipotente y á sus santos. A pesar de las terri-

bles amenazas que me han hecho los príncipes de Alemania si revelo la verdad sobre la muerte de mi amo, publicaré, para gloria de Jesucristo y edificación de la república cristiana, lo que yo mismo he visto y dije á los príncipes reunidos en Eisleben.

Martín Lutero hallándose en Eisleben en compañía de los más ilustres señores de Alemania, se dejó dominar por su habitual intemperancia, y completamente borracho tuvimos que acostarle en su lecho. Nos retiramos y nos acostamos todos tranquilamente. Al ir por la mañana á vestirle, según costumbre, le hallé ahorcado en su alcoba. Avisamos á los Príncipes y éstos nos amenazaron con terribles castigos si publicábamos su desastroso fin, comprometiéndonos á decir que había muerto súbitamente. El temor, el respeto humano, la esperanza de un lucro, sellaron nuestros labios, y la religión y los remordimientos de la conciencia al fin nos han obligado á declarar la verdad.”

Hasta aquí la revelación del criado de Lutero. En resumen: el jefe del Protestantismo, traidor á la Iglesia, se ahorcó como Judas.

—
Y tan *santo* como éste fueron los demas. Vayamos de prisa, que el asunto huele y no á ámbar. Calvino, eclesiástico también y también apóstata, fué convicto de tener costumbres infames. Como que por un delito contra naturaleza fué marcado por mano del verdugo.

Zuinglio, que antes de apostatar era Cura de Einsiedeln, en Suiza, confesó, en presencia de su Obispo, que hacía muchos años se entregaba á pasiones vergonzosas, añadiendo que iba á casarse para *legalizar su posición*. ¡Como los de hoy!

Todos los *santos* de la célebre *Reforma* son de este calibre. Nadie ignora cuál era la pureza *sin mancha y la evangélica dulzura* de Enrique VIII, reformador de la Inglaterra. Este miserable tuvo seis mujeres á quienes hizo cortar la cabeza. Su hija Isabel,

la llamada *reina virgen*, que consumó la obra de Enrique VIII, no fué menos célebre que él bajo este aspecto. Quizá la misma hacha que cortó el cuello de aquellas mujeres pudo cortar el de los amantes de la hija.

Y después de esto, ¿todavía se querrá hacernos creer que semejantes hombres fueron enviados por nuestro divino Salvador para convertirnos? Vamos. Lo mismo sería decir con los turcos: “Dios es Dios, y Mahoma su profeta.” Aquí debe hablar el buen sentido en voz más alta que la de las imposturas históricas con las cuales se ha querido rehabilitar á aquellos pretendidos reformadores.

La Iglesia tiene por fundador á Nuestro Señor Jesucristo y por apóstoles á santos de vida purísima.

El Protestantismo tiene por fundador á Lutero y por apóstoles á Calvino, Beza, Zuinglio y consortes.

¿Han podido estos bribones ser enviados por Dios? Discurremos.

Hay dos señales infalibles para

conocer si un hombre que se presenta para reformar la Iglesia es verdaderamente enviado de Dios. Esas dos señales son la santidad y el don de milagros.

En cuanto á santidad, no hay que hablar tratándose de Lutero y Calvino. Ya acabamos de ver lo que eran bajo este aspecto, tanto que hasta los mismos protestantes, instruídos y honrados, se sonrojan cuando se mueve delante de ellos conversación sobre esta materia.

En cuanto á milagros, bien hubieran querido hacerlos los heresiarcas; pero es más fácil formar una secta que hacer un milagro. Erasmo, que era satírico mordaz, hacía observar que “todos ellos juntos no habían podido curar un caballo cojo.”

Sin embargo Calvino quiso una vez hacer el ensayo de cierto milagrito, pero dió un golpe en falso. Había pagado á un hombre para que se hiciera el muerto, con el objeto de fingir que lo resucitaba; pero cuando llegó al lugar de la farsa se-

guido de una multitud curiosa á la cual había anunciado *modestamente* esta prueba postiza de su misión, la justicia de Dios había herido de muerte al compadre y Calvino estuvo para morirse de miedo encontrando de veras muerto al que sólo debía ser supuesto difunto. Esta historia es auténtica y sabida de todos.

Lutero salía del paso por otra puerta. Si le pedían probase con alguna obra milagrosa que hablaba en nombre de Dios, respondía con un torrente de injurias llamando *borrico, turco, perro y puerco endiablado* al infeliz que le había pedido semejante cosa.

Habiendo pues, faltado los *milagros*, así como la *santidad*, á los padres de la llamada Reforma, es claro que Dios no los había enviado.

Pues entonces, ¿de qué espíritu estaban ellos animados? Del espíritu de orgullo, del espíritu de sensualidad, del espíritu revolucionario, que se rebela contra Cristo y contra la obra de Cristo; en una palabra, del

espíritu infernal, que engendra todas las herejías y que fué el verdadero padre de la anarquía protestante.

VII

El juicio de la muerte.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Veamos cual es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos cómo mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una expresión de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros

instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al Protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruídos y animosos que, aunque se habían educado en el Protestantismo y le conocían á fondo porque le habían practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el Conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que después de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos, y encargándoles que permanecieran firmes en la Religión católica. Después de haber recibido con humildad los últimos Sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: “¡Alabado sea Jesucristo!”

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no

decir la de todos! No han perdido del todo el sentimiento de la fe en Dios y en la inmortalidad del alma cuando no se han endurecido hasta el punto de hacerse materialistas ó ateos. ¡Cuántas inquietudes, cuántos remordimientos y cuántos terrores les agitan en sus últimos momentos! Si todavía creen en la Sagrada Escritura, leen en ella con terror aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que les condenan: “¿Que le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”

La muerte de los fundadores del Protestantismo, todos ó en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma la verdad de estas reflexiones de una manera que espanta.

Lutero desesperaba de salvarse. Poco tiempo antes de su infame muerte, la infeliz mujer con quien vivía, le mostraba una noche el firmamento sembrado de brillantes estrellas. “Mira, le decía, ¡qué cielo tan bello!—No brilla para nosotros, respondió sombríamente el heresiarca.

—¿Es acaso porque hemos violado nuestros votos? repuso Catalina.—Puede ser, contestó Lutero.—Pues si así fuere, volvió á decir Catalina, era necesario volver sobre nuestros pasos.—Yá es tarde; el carro está muy atollado,” concluyó Lutero, cortando la conversación.

Según el Protestante Schusselburg, “Calvino murió de fiebre escarlatina, devorado por un hormiguero de gusanos y consumido por un tumor ulceroso, cuyo olor infecto no podía soportar ninguno de los asistentes.” Este heresiarca exhaló miserablemente su alma culpable, desesperando de salvarse, invocando á los demonios, profiriendo los más execrables juramentos y las más horribles blasfemias. Juan Haren, su discípulo y testigo ocular de su muerte, refiere que “Calvino murió desesperado, de una de esas muertes vergonzosas y desagradables con que Dios ha amenazado á los impíos y á los réprobos... Yo puedo atestiguarlo porque lo he visto con mis ojos.”

Enrique VIII murió diciendo que había perdido el cielo, y su digna hija Isabel expiró, en medio de una desolación profunda, echada en el suelo, pues no se atrevía á estar en la cama, porque al principio de su enfermedad le había parecido ver su cuerpo todo descarnado, palpitando en un brasero de fuego.

¡Plegue al cielo que, en vista de estas muertes espantosas, y considerando lo que es la eternidad, nuestros pobres hermanos, los católicos que puedan ser tentados á abandonar la fe de la Iglesia para seguir á aquéllos desventurados heresiarcas, se acuerden de que ha de llegar un día en que ellos también han de dar cuenta á Dios! Si piensan en la muerte, en el juicio y en el infierno, yo les aseguro que no se harán protestantes.



MARTÍN LUTERO

BREVE Y EXACTA RELACIÓN DE SU VIDA

POR UN

OBRERO CATOLICO.

I

Nació, este desgraciado apóstata del Catolicismo, en Eisleben, lugar de la Sajonia, en 10 de Noviembre de 1483.

Su padre, llamado Juan Hans, fué primero un pobre labriego de la aldea de Moera, en el condado de Mansfeld; y su madre, Margarita Lindemann, estaba ocupada en una casa de baños de Eisleben, donde preparaba la leña para calentar el agua. Extrema era su pobreza. Más adelante, ocupado Juan en el trabajo de las minas, pudo recoger lo suficiente para comprar

una pequeña posesión, no sin que por esto la infeliz Margarita pudiese excusarse de seguir vendiendo la leña que ella misma iba á recoger á los bosques.

Juan, viendo las buenas disposiciones de su hijo para las ciencias, le dedicó á los estudios.

En 1497 pasó Martín á Magdeburgo, cuya sede arzobispal sostenía varias escuelas públicas, en donde los pobres recibían instrucción gratuita.

No proporcionando los conventos de esta ciudad, como en otras partes, alimento diario á los estudiantes, éstos tenían que ganar su subsistencia, bien sirviendo en las iglesias, bien cantando por calles y plazas, tañendo instrumentos, ó luciendo otras habilidades.

Martín, que al partir de su casa no llevaba consigo más que un saco y un palo, se vió precisado á imitar á sus compañeros.

Poseía buen metal de voz y era bastante aficionado al arte de Talia; pero sin duda no debió complacer á

los moradores de Magdeburgo, puesto que tuvo que vivir á costa de sus compañeros, agotado ya el escaso dinero que su padre pudo enviarle.

Transcurrido un año, y cansado de sus muchas privaciones, se encaminó á la pequeña ciudad de Eisenach, residencia de algunos parientes de su madre. A causa de su extrema pobreza, durante el viaje se vió en la necesidad de implorar la caridad pública.

Llegado á Eisenach, presentósele una casa de buena apariencia. En la confianza de sacar de ella alguna limosnita, soltó el saco y púsose á cantar con toda la dulzura y sentimiento que la necesidad le inspiraba.

Aun no había concluído, cuando una mujer asomó por la ventana echándole algunas monedas de cobre. Recogiólas nuestro Martín con avidez, y creyéndose remunerado con exceso, entonó otra nueva y tierna canción: era una plegaria á la Virgen Santísima.

Tanto gustó á la buena mujer, que

atenta le escuchaba, que le mandó subir; y después de informarse de su nombre, patria y familia, le preguntó:

—¿Cómo no acompañas tu voz con algún instrumento?

—No lo tengo, señora; repuso el muchacho humildemente.

—¿Qué más que comprarlo?

—Es que me falta dinero.

—¿Cuál es el instrumento de tu predilección?

—Dos hay, tras los cuales se me van los ojos; la flauta y la guitarra.

—¿Cuál tocas mejor?

—Ninguno, señora.

—Pues entonces, ¿para qué los quieres?

—Para aprender á tañerlos.

—Si te comprometes á ofrecermé una música para el año próximo, cuando vuelvas á estudiar, yo te los pago.

—Lo prometo, y os lo agradezco, señora; puede que me oigáis tocar alguno de los dos antes del plazo que me habéis fijado.

Martín cumplió religiosamente su palabra á la viuda Cotta, que así se llamaba aquella mujer, dándole en pleno día una música cuya introducción fué un *solo* de flauta, y entonando luego aquella misma canción que tanto le gustó la otra vez, acompañándose con la guitarra.

Gracias á su protección, pudo Martín cursar gramática en aquella ciudad.

Trebonio, su maestro, era un hombre singular. Contra la costumbre establecida, enseñaba á sus discípulos con la cabeza descubierta, porque, decía, debo respetar en ellos á los cancilleres, á los magistrados, á los doctores y varones ilustres en que muchos deberán transformarse con el tiempo.

¡Bonitas ideas, á propósito para halagar el orgullo que se manifestaba ya en Martín y que más adelante debía arrastrarle á su ruina!

En 1501, secundado su padre por algunas personas caritativas y acomodadas, logró que le admitieran y

mantúvole en la Universidad de Erfurth.

Fué su profesor el célebre Yodoco, cuya vida acortó, según confesión propia, con los disgustos que le causaba.

Por lo demas, dotado de un claro ingenio y de una memoria extraordinaria, llegó á aventajar en mucho á sus condiscípulos, haciendo rápidos progresos en las ciencias de la época.

Había en aquella ciudad, como en todas las universidades, una biblioteca bien provista de manuscritos para que los estudiantes pudiesen consultar. Gracias á la invención del arte tipográfico, que ha hecho célebre el nombre de Gútemberg, se había aumentado la colección de volúmenes con algunos ejemplares de la sagrada Biblia. Entonces pudo Lutero ver en su original los pasajes bíblicos que sólo conocía por haberlos visto citados en algunos autores; y cobró tal afición por estos libros, que apenas los dejaba de la mano. Desde entonces dedicóse con pasión al es-

tudio de la teología. Contaba veinte años.

En 1505 había obtenido sus grados en filosofía. Luego se propuso estudiar la física y la moral de Aristóteles; pero cierto suceso le hizo variar de rumbo.

Yendo en compañía de su amigo Alejo, estalló una recia tormenta. A poco uno de tantos rayos que de los apiñados nubarrones se desprendían, hirió á Alejo, dejándole instantáneamente muerto.

Lutero quedó ileso.

Sobrecogido de terror, hizo formalmente á Dios la promesa de retirarse á un claustro para en él servirle mejor todo el resto de su vida, si le libraba de la suerte infausta de su compañero.

Calmó la tempestad de la naturaleza, mas no la que se había suscitado en el ánimo del joven estudiante. Por espacio de algunos días anduvo cabizbajo, perdida su habitual alegría. Echó lejos de sí los libros de Filosofía, y pensó únicamente en prepararse para tomar el hábito religioso.

Retirado á su aposento para meditar sobre la regla que más conforme le pareciese con sus deseos de penitencia, acabó por elegir entre muchas, después de un laborioso esfuerzo de la imaginación, la de la Orden de San Agustín.

Llegada la noche, aparejó un pequeño lio y sin decir nada á sus discípulos, se marchó.

Poco después llegaba á la portería del convento de Agustinos. El portero, después de informarse de quién llamaba, ¿“qué se os ofrece”? preguntó al joven.

—Consagrar á Dios mi vida.

—Amén, dijo el lego.

Y le franqueó la puerta.

Al siguiente día el novicio agustino mandó á la Universidad las insignias de su grado.

No metió poco ruido su precipitada fuga del mundo. En vano sus compañeros de estudio instáronle sobremañera para que volviera entre ellos, empeñando á los profesores á que gestionasen con los padres agustinos

le despidieran del convento; en vano su mismo padre, á quien participó su cambio de vida, exigió de él, montando en cólera, que se retractara de la promesa hecha á Dios de entrar en religión. Lutero supo resistir heroicamente en cuantos combates se le presentaron, y llevó adelante su firme resolución y su palabra empeñada ante Dios.

¡Y éste había de ser el que andando el tiempo, víctima de su orgullo y de todas las malas pasiones, trastornara los fundamentos todos de la moral, de la sociedad y de la familia!

II

Lutero, en sus primeros años de hábito fué un buen religioso.

Pronunció sus votos en 1507 y en este mismo año fué ordenado sacerdote.

—¿Prometéis, le decía el Obispo Lasph en tan solemne acto, prometéis vivir y morir en el seno de nuestra santa madre la Iglesia católica?

—Sí, lo prometo, respondió el ordenando.

Ya veremos como cumplió su palabra.

El día en que debía ofrecer por primera vez el incruento Sacrificio del altar, escribía así á un amigo:

“Hoy celebraré mi primera Misa. Te invito á ella. Verás á un pobre joven, á un mísero pecador, á quien Dios, en su misericordia infinita, se ha dignado elegir para tan sublime dignidad. Procuraré mostrarme digno de sus bondades, cuanto puede un puñado de tierra como soy, para cumplir sus designios. Encomiéndame á El, querido amigo, y ruégale que le sea acepto mi Sacrificio.”

Lutero tuvo por maestro de Teología á Carlostadio, que más adelante con sus apostasías, sus ensueños y sus aspiraciones á apóstol y profeta, parece se propuso divertir á todo el mundo (1).

(1) Carlostadio era católico en 1513; luterano siete años después; anabaptista pasados otros cuatro años; sacramentario cinco más adelante; mudando de creencias como de camisa y todo para seguir, según decía, algún texto bíblico cuyo sentido nadie hasta entonces había penetrado. Al fin concluyó por hacerse panadero, pues halló escrito: “Comerás el pan con el sudor de tu frente.”

Stáupitz, prior del convento en que Lutero residía, era muy aficionado á los poetas profanos y á la música. Como viese á este último muy entregado á una mortificación que le perjudicaba la salud, solía aconsejarle algún descanso, bien leyendo poesías, bien tañendo algún instrumento que le fuese conocido. Mas Lutero, que consideraba como una falta semejantes distracciones, continuó su método de vida, pasando las noches en oración, en el coro ó en su celda, los ratos entre sueño y sueño.

III

Federico III de Sajonia, había fundado una Universidad en Wítttemberg. Para la provisión de cátedras, consultó á Stáupitz, á la sazón Vicario general de los Agustinos, quien propuso á fray Martín para leer Filosofía. A consecuencia de este nombramiento, trasladóse fray Martín á Wítttemberg.

Poco tiempo después, el Senado de esta ciudad nombróle predicador de

la misma por recomendación de Stáupitz y con aprobación del Obispo.

A instancias también de Stáupitz, y en recompensa de sus fatigas oratorias, mereció se le confiriera el grado de Doctor, el día de San Lucas, de 1512. En esta ceremonia juró Lutero solemnemente, por cuarta vez, seguir la doctrina de la Iglesia romana, profesando su fe hasta la muerte.

En aquel mismo año, una cruel epidemia llenó de desolación á los habitantes de Wittenberg. Lutero no abandonó su puesto; y cuando algunos de sus amigos le instaban á que se ausentara de la ciudad, les contestó: “¿Qué es huir? Eso nunca. Por un fraile más ó menos no se acabará el mundo. La obediencia me retiene aquí. Sólo dejaré este lugar cuando la obediencia me lo mande.” He ahí el lenguaje de un héroe; ó mejor: he ahí el lenguaje de un sacerdote católico. No fueron de Lutero tales palabras, sino que fué él un eco de la palabra que le hacía repetir el

espíritu religioso que aun le animaba. Los luteranos llenan de encomios á su apostol por ese rasgo de caridad, olvidando que ésta dejó de arder en su pecho desde el momento en que deshonoró el hábito de monje (1).

Entre tanto los grandes aplausos de que Lutero era objeto por sus eminentes cualidades oratorias; la estimación en que le tenían, no solamente todos los profesores de la Universidad, sino hasta el mismo Soberano, comenzaban á despertar en su corazón la funesta pasión de la soberbia, que había de hacerle apostatar de las filas del Catolicismo y arrastrarle á su completa ruina. Juzgándose superior á todos los demás doctores, no admitía réplicas á sus opiniones

(1) Más adelante, con ocasión de otra epidemia, cuando no era ya fraile agustino, Lutero se expresaba así: "Bastante tienen los enfermos con haber comulgado cuatro veces en el año anterior. La Iglesia no es ninguna esclava; y eso de acudir el sacerdote a la cabecera del apestado, es un sacrificio que no debe exigirse de él. Aun administrar la Comunión á cualquiera que se acerque á la sagrada mesa, principalmente en tiempo de epidemia, sería una carga demasiado pesada para los ministros." ¡Qué diferencia entre el Lutero apóstata y el Lutero agustino! ¡Y qué diferencia también entre los ministros protestantes y los sacerdotes católicos en tiempos de epidemia según se observa en nuestros días!

y argumentos, y si alguien se atrevía á contradecirle, colmábale inmediatamente de injurias. Desde el momento en que la idea de la fe se presentó á su imaginación como una panacea universal, se le ve enorgullecerse hasta el punto de considerarse más virtuoso que los demás, incluso el Papa. Lutero, por desgracia, no supo resistir, ni retroceder un paso en la senda de la perdición. ¡Bien pronto llegó á olvidar las sensaciones que experimentara al ver morir instantáneamente á su compañero herido de un rayo, lo que le determinó á retirarse al claustro para dedicarse á la práctica de las virtudes y seguir el camino de la perfección!

« En cuanto á su exterior, dice uno de los más distinguidos escritores eclesiásticos, tenía una fuerza de cuerpo que igualmente sostenía el trabajo y el placer; un temperamento bilioso é irascible en extremo; la vista penetrante y encendida; la voz extraordinariamente fuerte al par que agradable; el aspecto fiero, intré-

pido y altivo, lo que sabía ocultar bajo una apariencia de modestia y de mortificación cuando la juzgaba más á propósito á sus fines que el tono imperioso; pero, siendo mucho más violento que hipócrita, hacía raras veces este último papel. Mientras permaneció en el claustro, su vida pasó por bastante regular; y, al revés de lo que comúnmente sucede, el entendimiento corrompió su corazón.»

No nos decidiremos nosotros á resolver á ciencia cierta si el entendimiento corrompió su corazón, ó si por el contrario el corazón corrompió su entendimiento. Bien pudo en el claustro haber sostenido vicios, sabiéndolos ocultar con el velo de la hipocresía, así como más tarde, rompiendo con toda clase de respetos humanos, se entregó, infringiendo todos sus votos monacales y con el mayor desenfreno, á las más vergonzosas pasiones.

IV

Corría el año 1516.

El gran pontífice León X, gloria de su siglo, deseaba terminar la construcción de la gran basílica de San Pedro del Vaticano, comenzada por su predecesor Julio II (1).

Mas, para dar cima á su gigantesco designio, faltábanle recursos; pues lo que el Tesoro Pontificio no había invertido en limosnas, se había gastado en dádivas á los sabios y artistas.

Concedió, pues, en virtud de su soberana autoridad, á todos los que contribuyeran con su óbolo á la realización de sus designios, indulgencias para la remisión de las penas debidas á la Justicia Divina.

Alberto, arzobispo de Maguncia, que había recibido el encargo de pu-

(1) El templo de San Pedro del Vaticano, es sin duda el más grande y suntuoso que existe ni ha existido jamás en el mundo, y al que únicamente pudiera compararse el de Salomón, cuya descripción nos hace la Sagrada Biblia. Prolijo fuera describir las bellezas innumerables que contiene. Miguel Angel, Rafael y otros renombrados artistas, han dejado allí pruebas indelebles de su genio é inspiracion. Fué terminado por el Papa Paulo V, proclamado el 16 de Mayo de 1605.

blicarlas y aplicarlas en Alemania, confió esta misión al dominico Tétzel, predicador famoso, varon de fe ardiente y de sabiduría consumada.

Tétzel, después de haber recorrido muchos pueblos, llegó á fines de 1517 á la poblacion de Yúterbock, no lejos de Wítttemberg. La iglesia del convento de Agustinos de esta ciudad era muy frecuentada de penitentes, de modo que el mismo Lutero, con ser catedrático, no podía dispensarse de asistir al confesonario. Mas he aquí que, al llegar Tétzel á Yúterbock, quedaron sin penitentes los confesores de Wítttemberg. Lutero, que ya no había visto con buenos ojos la preferencia dada á la Orden de Santo Domingo para la predicación de las indulgencias, al observar la decisión con que los fieles acudían á oír á Tétzel, deseosos de obtener la carta de perdón que ofrecía en nombre del Padre Santo, montó en cólera y escribió al prelado de la diócesis una carta apremiante, en la que le encargaba pusiera término al *escándalo*

que Tétzel estaba causando en Alemania y que *veían con aflicción las almas piadosas*. El Obispo no hizo caso alguno de esta carta, aumentando con su desaire el furor de Lutero. El contento y la satisfacción general de los habitantes de Wittenberg que venían de ganar el jubileo pontificio, acabó de exasperarle más. Con permiso de su superior, subió al púlpito para predicar sobre las indulgencias, después de anunciado el acto con la acostumbrada anticipación.

Su sermón consistió en una serie de proposiciones que contradecían á las de Tétzel. Lutero demostró no comprender qué eran las indulgencias, como confesó más adelante; atacándolas, no en su abuso, ó sea en la manera como se aplicaban en Alemania, sino en su misma esencia. En ese discurso dejó retratadas sus doctrinas, su afición al simbolismo, sus pretensiones de poseer más fe que ningún otro, su opinión dominando á toda autoridad bajo el pretexto de que se apoyaba en la Biblia; y dejaba

entrever además su futuro desdén hacia la tradición, su insolente desprecio de la escuela y de sus doctores afamados.

Por aquí puede conocerse la índole del dichoso sermón en que Lutero depositó la semilla de la inobediencia religioso-política, que tanto ha fructificado por desgracia.

Aunque Tétzel no mirase el sermón de Lutero como un desafío dirigido á su persona, no lo despreció; y así, apenas recibió una copia de él, no perdió tiempo en refutar á su adversario. Desde el púlpito, y leída la contestación que había escrito contra Lutero, concluyó por invitarle á hacer la prueba del fuego y del agua.

En la actitud que el retado tomó se comprende que sólo era su objeto escandalizar, meter ruido, y adquirir nombradía; pues, lejos de aceptar la disputa, exigió de Tétzel que pasara á Wittenberg.

Tétzel no acudió á la cita, é hizo bien. El partido no era igual; porque

el fraile dominico no hubiera disputado sirviéndose de un *buen vino* y del *olor de un buen puchero*. La conducta de Tétzel fué la que habría observado cualquier otro religioso en su lugar. De seguro no había en la tierra más que un fraile capaz de seguir el consejo de Lutero: ese fraile era Lutero mismo.

Desde aquel día principió el desorden en Wittenberg, propagándose á las poblaciones inmediatas.

Lutero, que comenzaba á asustarse por el ruido que había hecho su palabra, y que comprendía bastar un arranque del Arzobispo de Maguncia, siendo como era príncipe de la casa de Brandeburgo y elector del imperio, para que rodara por el suelo el edificio que había principiado á levantar, escribióle una carta en la que sólo aparece como un humilde agustino acostumbrado á besar el suelo del coro en señal de fervor.

El Arzobispo no contestó.

Esta indiferencia irritó al *humilde* religioso, tanto más, cuanto mayor

fué la satisfacción que experimentó al recibir respuesta á otra carta que había dirigido al Obispo de Brandeburgo; satisfacción que más tarde se convirtió en desprecio, riéndose de los consejos que el buen Obispo le daba, recomendándole la prudencia al tratar materias tan delicadas como aquella á que aludía; consejos, decía Lutero, que prueban hallarse el Obispo poseído del demonio.

Otra carta escribió al Obispo de su diócesis, pocos días después de su sermón, acompañada de un extracto de las tesis que comprendía. Esta carta fué más afortunada que las otras, sin duda porque Jerónimo Scultet pertenecía por sus estudios al partido de los humanistas. Con la respuesta envió á un sacerdote de su confianza, el abad de Lenín, que certificase del aprecio que el Obispo hacía de la ciencia de Lutero, y del disgusto que le había ocasionado la *imprudencia* de Tétzel. El abad conjuró en su nombre á Lutero á que, olvidando lo pasado, no turbase los espíritus con

doctrinas novadoras, y á que no publicase el sermón ni las tesis, porque podría perturbar la iglesia de Wittenberg. El *obediente* fraile prometió cumplirlo así; pero ello es que á los pocos días circulaba impreso el sermón, y era pegado á las columnas exteriores de la iglesia de Todos los Santos el manifiesto de “fray Martín, doctor en teología, y maestro en Santas Escrituras, contra fray Juan Tétzel de la Orden de Predicadores, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.”

Con este título iban encabezadas las tesis de Lutero, que removieron la Alemania entera.

Los doctores católicos no podían permanecer espectadores indiferentes de tan grande escándalo.

El doctor Juan Eck, sabio conocido en todo el mundo cristiano, fué el primero que bajó á la arena á sostener los verdaderos principios del Catolicismo.

Casial mismo tiempo escribía también contra las tesis de Lutero el doctor Emser, sugeto muy habil en

las ciencias divinas y humanas, el cual obtuvo del audaz reformador dos réplicas llenas de insolencias contra el Papado.

Tras los dos adalides de la causa católica apareció Prieirias, religioso dominico, maestro del Sacro Palacio, de vasta erudición y de lenguaje tan lleno de elegancia como de fuerza.

Las universidades de París, Lovaina y Colonia condenaron también sus proposiciones.

A todos contestó Lutero por medio de un libelo titulado: *El cautiverio de Babilonia*.

Por desgracia los escritos de los doctores católicos no circularon bastante en Alemania. Lutero publicó sus tesis en lengua vulgar, mientras su impugnación salió en un latín magnífico. El escribía por lo común sus respuestas en un pliego de papel, sin entrar en la cuestión, y tomando de su cuenta solamente la persona, el estado y las circunstancias de sus contrincantes, al paso que estos trabajaban detenidamente largos tratados,

desenvolviendo con profundidad la materia. Así las doctrinas de Lutero se propagaron entre el vulgo con una rapidez asombrosa, mientras apenas se tenía noticia de los escritos en que eran impugnadas.

La perturbación de las conciencias fué tan general, que el mismo Lutero se espantó de su obra. Todavía le hacía temblar el nombre de hereje que le daban los católicos, y á este miedo debe atribuirse la resolución que tomó de apelar al Papa.

Nunca cristiano alguno se mostró tan reverente, tan humilde y sumiso como Lutero en esta ocasión: «Dadme ó quitadme la vida, escribía á la Santa Sede; llamadme ó despedidme; aprobad ó condenad mis opiniones; la voz de Vuestra Santidad es la voz de Jesucristo que habla por vuestra boca. Vuestra sentencia es la del Espíritu Santo que os asiste. Si merezco la pena de muerte, pronunciadla, y moriré con júbilo.»

¡Y eso después de haberse despedido de Roma, y de haberla llamado

Babilonia, cueva de dragones, nido de avestruces, y otras lindezas por el estilo!

Casi al mismo tiempo que tales palabras dirigía á León X, publicaba el prólogo que escribió para un libro «sobre la muerte de Adán, y resurrección de Cristo en el hombre.» En ese prólogo habla Lutero con la mayor insolencia del poder de las Llaves; lo cual junto con su continuado empeño en predicar sus doctrinas, contra la palabra que había dado de aguardar al Papa, prueba que su apelación al mismo no era un medio de esclarecer la verdad, sino una estratagemata para embrollar el negocio.

Y lo consiguió hasta cierto punto; pues por mucho tiempo se dudó en Roma del partido que convenía adoptar con él. Al fin León X, sabiendo la grande amistad que Stáupitz profesaba á Lutero, le escribió recomendándole la necesidad de que su súbdito se reconciliara públicamente con la Iglesia; mas fué en vano, porque el rebelde agustino no hizo caso de su superior.

Lutero encontró un apoyo para sus doctrinas en su soberano, Federico de Sajonia, que si bien había manifestado siempre bastante piedad, carecía de las luces necesarias para distinguir el error de la verdad.

La doctrina del falso reformador excitó, como es consiguiente, grandes disturbios en el orden social.

El emperador Maximiliano, temiendo que creciese la perturbación en Alemania, denunció formalmente al Papa los peligros con que el osado agitador amenazaba á la Sajonia y Estados limítrofes.

León X, que ya antes de recibir la carta del Emperador estaba decidido á poner coto á tal escándalo, encargó al obispo de Ascoli que intimara á Lutero la orden de presentarse en Roma dentro de sesenta días, para dar cuenta de sus doctrinas.

Lutero se negó á obedecer.

Para dar algún colorido á su negativa, pretextó lo largo y penoso

del viaje, el rigor de la estación, la debilidad que sentía, y otras causas por este estilo. Y para que no se atribuyera á miedo de confesar sus doctrinas delante de jueces que le examinasen, manifestó hallarse dispuesto á comparecer á cualquier otro punto de Alemania; Wittenberg, por ejemplo, ó Augsburgo.

La Universidad en que Lutero tenía su cátedra apoyó su petición dirigiendo al Papa una solicitud en este sentido. La prueba de que Lutero no era ajeno á este paso está en que las razones que el claustro universitario alegó para excusarle de ir á Roma fueron las mismas que el había alegado.

El Elector también se interesó con el nuncio Cayetano á fin de que obtuviera del Papa permiso para que el citado se presentara en Augsburgo á conferenciar con el Cardenal. Este varón ilustrado, hábil teólogo y cortesano de maneras distinguidas, consintió en interceder con el Papa. León X accedió, disponiendo la comparecencia de Lutero ante el Cardenal,

únicamente para retractar sus doctrinas.

No era esto del gusto de Lutero; pero á pesar de ello no lo rehusó, y se dispuso á presentarse á su tribunal.

Dirigióse á la corte del Emperador en compañía de su prior Stáupitz y de Linck su maestro. Al día siguiente de su llegada se presentó en el palacio del Legado apostólico, el cual le recibió de una manera muy afectuosa; y luego, sin entretenerse en discusiones de ninguna clase, le exigió en nombre de Su Santidad que revocase solemnemente los errores que había sembrado en sus escritos y que ofreciese formalmente no apartarse en adelante de la doctrina de la Iglesia católica. Y para más obligarle, le recordó las protestas de docilidad y respeto que anteriormente había hecho á la Iglesia.

Lutero, á quien nadie ganaba en orgullo, contestó que no creía haber enseñado más que la verdad, rogándole al mismo tiempo que le mostrase algún error que hubiese advertido

en sus escritos. El Cardenal le señaló dos, que eran, el primero, haber negado que los méritos infinitos de Jesucristo son el tesoro de las indulcias; y el segundo, que para volver á la gracia de Dios bastaba creer como de fe que todos nuestros pecados nos son perdonados. No pudo negar el hereje que había escrito tales proposiciones, y así se concretó á contestar que todo ello estaba conforme con las Santas Escrituras. El Legado por su parte, viendo que era inútil entrar en discusión con Lutero, pues conocía suficientemente que no podía hacer de buena fe aquellas afirmaciones, y sí tan sólo por terquedad y orgullo, se concretó á exigirle terminantemente su retractación, amenazándole, en caso contrario, con las censuras eclesiásticas.

Lutero pidió tres días para determinarse y Cayetano se los concedió.

Sin aguardar á que espirara el plazo, al día siguiente volvió Lutero á la Legación, acompañado de cuatro concejales de la ciudad y de un Notario,

para que le librase testimonio del acto. Delante de estos testigos presentó su protestación en forma, declarando en ella que «jamás había tenido intención de enseñar cosa alguna contraria á la doctrina católica, á la autoridad de los Santos Padres y á los decretos de los Pontífices. Que si había errado, como hombre débil que era, ofrecía someter sus escritos al juicio del Papa, y al de las universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y París.»

No se dió por satisfecho el Cardenal, exigiéndole fuera más explícito.

El tenaz agustino buscó nuevos subterfugios; y como el Legado los rechazara, apeló al testimonio de León X.

— ¡Olvidais, le dijo Cayetano, olvidais que Su Santidad ha juzgado ya á vos y á vuestras doctrinas?

Y cogiendo las manos del religioso entre las suyas, y estrechándolas riñosamente, añadió:

— ¡Fr. Martín, no os precipiteis, por Dios! El Santo Padre está dis-

puesto á escucharos y á complaceros en todo lo que no sea consentir en el error. Aún es tiempo. Que no os detenga ninguna idea de vanagloria, ningún mal consejo ó ciega obstinación. ¡Retractaos!

El Cardenal esperó algunos minutos á que Lutero se decidiese; mas éste guardaba un silencio en que no se descubrían disposiciones á obedecer la intimación, y así le despidió.

Lutero, sin responder una palabra, saludó inclinándose, y salió de la presencia del Cardenal.

Este todavía envió á llamar á Stáupitz y á Linck, para encargarles que exhortasen á Lutero á que se retractara antes de marchar á Augsburgo, empuñándoles á desplegar toda su influencia sobre su hermano, en nombre de León X, de la paz del Cristianismo y de la tranquilidad de Sajonia.

Tanto interés mostró Cayetano por salvar á Lutero del precipicio al que se obstinaba en arrojarse, que Stáupitz y Linck mandaron en seguida en

su busca; pero nada pudieron conseguir de él en punto de retratación.

Lutero, pretextando el compromiso de dirigirse al Papa contraído con el Legado, le escribió una larga epístola en el tono sumiso y reverente que acostumbraba; pero sin soltar prenda tocante á su retratación. « ¡ Ah, Santísimo Padre! decía en uno de sus párrafos; delante de Dios y de cuanto ha criado, afirmo que jamás he tenido el pensamiento de quebrantar ni de debilitar siquiera la autoridad de la Santa Sede. Confieso y declaro que el poder de la Iglesia romana está sobre todos los poderes, puesto que ni en el cielo ni en la tierra hay nada que se le sobreponga, excepto Jesucristo. No crea Vuestra Santidad á quien diga lo contrario de Lutero.»

Entre tanto como no ignoraba la orden que del Papa había recibido Cayetano para proceder contra él, desde que vió imposible toda avenencia, no pensó ya sino en marchar precipitadamente de Augsburgo.

El Cardenal Cayetano, sin contes-

tar á una carta que recibió de Lutero, en la cual se disculpaba de su repentina marcha, hablándole en muy contrario sentido del que usaba en la que había dirigido á León X, dió parte al Elector de Sajonia de la evasión de Lutero y su tenacidad en sostener proposiciones enteramente contrarias á la fe católica, advirtiéndole de paso que aquel negocio se iba á proseguir en Roma; y le instaba á que pusiese al hereje en sus manos, ó bien á que le expulsase de sus Estados.

Contaba por desgracia el falso reformador con personas importantes que le apoyasen y sostuviesen; y previendo lo que podía acontecer, las tenía advertidas de antemano, á fin de que se interesasen en favor suyo ante el Elector. Así pues, ganado éste de antemano por los protectores de Lutero, contestó al Legado, entre otras cosas, que no creía fuese justo calificar á nadie de hereje sin haberle antes convencido de herejía, y que no estaba dispuesto á privar á sus Estados y á la principal

de sus universidades de un profesor de los más idóneos para hacer florecer las ciencias.

De este modo el Elector coadyuvó por su parte á alentar la soberbia del heresiarca, constituyéndose en protector suyo.

Si bien Lutero encontró una gran complacencia y adquirió mucha confianza con la protección de Federico, no dejó de conocer que en Roma sería condenada su doctrina, y así cayendo de error en error publicó un nuevo escrito en el cual decía que el Papa León no había de ser considerado más infalible que San Pedro, el cual fué reprendido por San Pablo; y que por lo tanto apelaba, de todo cuanto contra él se hiciese en Roma, al Concilio general, que era, añadía, superior al Papa.

Entre tanto León X, que á todo trance quería la paz para la Iglesia de Alemania, no satisfecho con las diligencias que el Cardenal Cayetano había practicado, puso los ojos en un hábil negociador llamado Miltitz,

noble sajón, de carácter tan pacífico, que muchos historiadores católicos lo han censurado de débil. Sus tentativas no fueron menos infructuosas que las del Cardenal.

VI.

Perdida ya toda esperanza de reducir á Lutero, y agotados todos los medios suaves, el Pontífice determinó dictar su última sentencia contra él, reuniendo á este efecto el Sacro Colegio para consultarle. Después de muchos días de deliberar, se acordó que el Papa hablase, condenando al hbreje y separándole del gremio de la Iglesia. Hízolo así León X por medio de una Bula muy notable, debida al genio de Acolti, cuya lectura de tal modo irritó la bilis del obcecado fraile, que á poco se expresaba en los términos más bajos.

.....
Y ¿es ese el estilo que sedujo al culto Melanctón? ¿Son esas las razones que convencieron á tantos de que

Roma había procedido injustamente condenando á Lutero? ¿No fueron sus errores ó sus pasiones lo que le sedujo, más bien que las doctrinas del turbulento agustino?

Juan Eck fué el encargado de comunicar la Bula de León X á las diócesis y universidades de Alemania.

En algunas ciudades se quemaron públicamente los escritos de Lutero, después de haber fijado la sentencia del Pontífice en las puertas de los templos.

El fraile apóstata se vengó quemando en Wittenberg la Bula pontificia, é hizo levantar el acta que circuló con profusión por todo el imperio.

Cabalmente eso es lo que hacía Lutero, quemando todas esas obras que cita. Y ¿acaso refutó nada en su vida? ¿Hizo más que llenar de lodo é inmundicia al autor cuyos escritos se proponía rebatir?

A imitación suya, en Leipzig, Torgau y Deblin rasgaron sus secuaces el documento pontificio, ensuciando lo que no pudieron arrancar.

Declarada estaba la guerra, rotos los lazos que unían al infeliz apóstata con la Iglesia de Jesucristo, que sufrió verdaderamente en aquel día una pérdida grande en los miles de almas que se separaron violentamente de su seno. Pero más perdió la Reforma emancipándose de la autoridad de la Iglesia. ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre costaron al mundo los vivos dados á Lutero y los muertos á los *papistas* en la plaza de Wittenberg el día 10 de Diciembre de 1526!

VII.

El emperador Carlos V de Alemania, elegido para sucesor á Maximiliano, muerto en 1519, tenía que reunir la Dieta en Worms.

A instancias del Elector de Sajonia, protector decidido de Lutero, envió á este un salvoconducto, mandándole se presentase para ser interrogado ante la Asamblea.

Confiaba por este medio el Emperador reducir á Lutero, aunque no

fuera sino para evitar las complicaciones que iban surgiendo entre varios de sus Estados.

A su llegada á Worms, Lutero recibió la orden de comparecer ante la Dieta al día siguiente, á las cuatro de la tarde.

Una gran multitud de curiosos había acudido frente al palacio para ver al agitador alemán; y para que no se propasasen contra él, se le introdujo por una puerta excusada.

La Dieta presentaba un aspecto imponente. En el centro del salón y bajo el solio imperial estaba sentado Carlos V, asistido de siete Electores soberanos, de veinticuatro Duques, ocho Margraves, treinta Obispos, y gran número de Diputados del imperio.

Ante esta Asamblea compareció el fraile agustino, no sin dar muestras de emoción.

Juan Eck, que estaba allí con el carácter de Vicario general del Arzobispado de Tréveris, era el encargado de dirigir el interrogatorio á Lutero.

—¿Reconocéis, decía el doctor Eck, reconocéis como vuestros los escritos publicados en vuestro nombre, y que están aquí de manifiesto? (1)

Lutero respondió afirmativamente.

Preguntado si consentía en retractar algunas doctrinas que en dichos libros se hallaban consignadas, pidió un plazo para responder, y le fué concedido. Al día siguiente y á la misma hora debía presentarse nuevamente ante la Asamblea.

Reiterósele la pregunta del día anterior; y como contestara de una manera evasiva, se le exigió diese una respuesta sencilla y categórica.

Por tercera vez, y después de una ligera discusión, se le hubo de repetir lo mismo; y viéndose estrechado á una contestación pura y simple, no tuvo que responder sino repitiendo lo que había ya manifestado, es decir: que si no se le probaba con argumentos inconcusos que había errado, no retrocedería ni siquiera una pulgada.

(1) Las obras á que se refiere Eck eran tres: los *Comentarios sobre los salmos*, el tratado *De bonis opéribus*, y la *Exégesis sobre la Oración dominical*.

Dos días después se comunicó á los príncipes electores, á los grandes oficiales, dignatarios y órdenes del imperio reunidos, un rescripto imperial concebido en estos términos:

“Nuestros antepasados, los Reyes de España, los Archiduques de Austria y los Duques de Borgoña, protectores de la fe católica, defendieron su integridad con la espada y á costa de su sangre, al mismo tiempo que velaban para que á los decretos de la Iglesia se les prestase la obediencia que se les debe. Nós, sin perder de vista tan buenos ejemplos, seguiremos las huellas de nuestros ascendientes, protegiendo con todas nuestras fuerzas esa fe que nos han legado en herencia. Y como haya aparecido un hereje que ha osado atacar la fe y los dogmas de la Iglesia, al par que á la Cabeza del Catolicismo, sosteniendo obstinadamente los errores en que ha caído, y negándose á retractarse, creemos indispensable poner un dique á tales desórdenes, aun con riesgo de nuestros bienes, de nuestras dignida-

des, de nuestra vida, y de la fortuna del imperio, á fin de que la Alemania no se manche con el crimen de perjurio. Rehusamos desde ahora para siempre escuchar á Martín Lutero, cuya inflexible obstinación han podido conocer los príncipes. En consecuencia, ordenamos que salga de nuestra residencia, y se retire bajo la fe de la palabra que le hemos empeñado, sin que pueda, durante su viaje, predicar ni ocasionar desórdenes. »

Nuevos pasos se dieron, con asentimiento del Emperador, por algunos miembros de la Dieta para indicar á Lutero que se retractara, mas fué en vano.

Instósele á que sometiera sus escritos al juicio de los príncipes y órdenes del imperio. A tal propuesta contestó lo de siempre: que si no se le convencía con razones evidentes, rehusaría acatar la decisión del Tribunal.

—Pero ¿no habéis dicho antes, replicó el marqués de Brandeburgo, que

cederíais si se os convenciese con textos de la Escritura?

— O con razones de todo punto evidentes, repuso Lutero.

— Pues entonces admitís una razón superior á la palabra de Dios, objetó el canciller Veh.

Lutero guardó silencio, sin manifestar siquiera su opinión respecto á este argumento.

La reunión se disolvió; y aunque se hicieron otras tentativas para llevarle á buen camino, todas se estrellaron contra su ciega obstinación.

De orden del Emperador se le concedieron veinte días para regresar á Wittenberg libre y bajo la salvaguardia de su palabra, con tal que se abstuviera durante el viaje de provocar ninguna escisión con sus palabras ó discursos.

Diez días después de su entrada en Worms, Lutero volvía á tomar el camino de Wittenberg.

Excusado es decir cómo cumplió la orden de no predicar durante su viaje.

En cuantas ocasiones se le ofrecían, apoderábase del púlpito sin hacer caso de protesta alguna; dejándose llevar de su rabia contra el Papa, el papismo y los papistas.

Cerca de Altenstein arrojáronse sobre Lutero unos enmascarados; y montándole en una de sus cabalgaduras, dirigiéronse á todo escape hacia un bosque inmediato, dejando atónitos y dispersos á los que le acompañaban.

Era esto una farsa ideada por el Elector, en connivencia con su protegido. Pronto corrió válida la voz de que el Dr. Martín, cayendo en una emboscada, había sido asesinado por sus enemigos.

Llegada la noche, Lutero disfrazado de caballero entraba con sus *raptos* en el castillo de Wartburgo, en donde permaneció oculto hasta algún tiempo después de la muerte de Leon X, ocurrida en 1521.

VIII.

Al principiar el año 1522, Lutero, contra la voluntad del Elector de Sajonia, resolvió dejar su ignorada residencia para volver á Wittenberg. Indújole á ello, á más del aburrimiento que le causaba la soledad en que vivía, su resentimiento contra Carlostadio, quien al frente de una turba desenfrenada recorría todas las iglesias causando destrozos, mutilando estatuas, rasgando lienzos, destruyendo, en una palabra, todas las imágenes sagradas, y haciendo muchas innovaciones en el culto y la liturgia.

En las locuras de Carlostadio descubrió Lutero una tentativa de emancipación, y no quiso permitirla. Voló, pues, á Wittenberg para oponerse á los progresos de la nueva secta, aunque no fuese sino para impedir que Carlostadio se hiciera célebre con sus nuevas teorías.

Llegaron á tal grado las desavenencias entre uno y otro, que el último

se vió obligado á refugiarse en Orlemunda, ciudad de la Turingia, sujeta aún al Elector de Sajonia.

Con la ausencia de Carlostadio vino á ser Lutero más absoluto, lo que acabó de hacerle más vanidoso y arrogante. Entonces fué cuando llevó al último extremo sus diatribas contra la Iglesia y sus verdaderos ministros, dando á luz algunos escritos á cual más impíos, entre ellos el libro que tituló: *Contra el estado falsamente llamado eclesiástico*, en el cual dirigía sus principales tiros contra el episcopado católico.

Necesitaba el orgulloso novador apoyar sus satánicas reformas en alguna autoridad, y con este objeto hizo una traducción de la Biblia en lengua vulgar; pero con tales supercherías, que los más distinguidos teólogos no pudieron menos que combatirla (1).

(1) En las cartas de Guillermo Cobbett, célebre escritor protestante á quien *mucha ciencia*, por valernos de las palabras de Bacón, redujo á la unidad católica, se lee acerca de la reforma el juicio siguiente:

“Lo que se ha llamado Reforma sólo fué el resultado de una incontinencia brutal, de la más negra hipocresía y

IX.

No paró ahí el desenfreno de ese corazón envilecido. Era preciso que diese el golpe de muerte á la familia cristiana, proclamando á la faz de la Europa que el matrimonio no era un sacramento.

Reducido á la naturaleza de un contrato puramente civil, el acto augusto que une los esposos santificándolos, queda despojado de toda su dignidad. El sensualismo reaparece, y la familia retrograda hasta el paganismo. Sin embargo, Lutero llamaba á esto reformar la Iglesia y la sociedad.

Arrastrado por la fuerza de ese primer principio el pretendido reformador no tardó en ocasionar nuevas ruinas. Después de haber despojado el matrimonio cristiano de su sublime carácter de santidad y de alta

perfidia, y tomó incremento en el pillaje y la devastación. El poder ejercido por los Papas era en el siglo XVI el único freno opuesto al despotismo. Abolir esa supremacía no era solamente un verdadero acto de apostasía religiosa, sino también un vil abandono de los derechos del pueblo. Por lo demás, todos los autores concuerdan en representar al monje Lutero como á un hombre de la vida airada.*”

moralidad, atacó la unidad divina que constituye toda su fuerza y su ventura.

No contento con hundir de nuevo á la familia en la abyección pagana, Lutero declama con violencia contra todas las leyes protectoras de la mujer, que es su alma y su gloria. Niega las concesiones que, en su admirable solicitud por el débil sexo, había hecho la Iglesia al matrimonio. Censura y condena la virginidad, que había hecho de la mujer un ángel y un objeto de veneración. Los votos monásticos, barreras sagradas con que el Cristianismo había circunvalado los asilos de la inocencia, los rompe brusca y violentamente.

¿Qué más faltaba sino confirmar tal doctrina con su ejemplo? Y he aquí que en el arrebató de sus pasiones, el padre de la Reforma no se avergüenza de robar una religiosa y contraer un pretendido matrimonio con ella.

Llovieron sobre el monje apóstata

epitalamios irónicos; se pronosticaba que de ese matrimonio nacería el Anticristo y después de los vaticinios é invectivas de los literatos, el vulgo cubrió de baldón á la maldita pareja.

Lutero arrostró la tormenta y tuvo que pelear con un enemigo de otra clase, la indigencia. Por más culpable que fuese, sus manos habían quedado á lo menos vírgenes de todo despojo; no había querido un maravedí del botín de los sectarios. Este hombre, que habría podido remover montones de oro, vióse reducido á ejercer el oficio de tornero.

Superfluo es decir que los sacrílegos consortes no tuvieron un momento de felicidad. Más de una vez debieron sufrir los remordimientos de la conciencia. ¿Cómo podía ocultárseles que, al fin, habían quebrantado un voto solemne? ¿Cómo podían dejar de temer por su salvación?

Cierta noche, dulce y serena, paseábase Lutero sombrío y cabizbajo con Catalina por el solitario jardín del convento que les servía de residencia.

Un rico manto de estrellas cubría el delicioso cielo de Alemania.

— ¡Cuánto brillan esas estrellas! decía Catalina; parecen ascuas de fuego.

Lutero levantó la vista para mirarlas, y después de un rato contestó:

— Sí, vivísima es su luz, pero no brillan para nosotros.

— ¡Qué estás diciendo? replicó Catalina. ¿Por qué no han de brillar para nosotros? ¿Por ventura estamos desposeídos del reino de los cielos?

Lutero suspiró y bajó los ojos á tierra.

Acaso no llevaba intención de responder á Catalina; pero estrechado nuevamente por ella, exclamó:

— Quizás estemos excluidos de la Bienaventuranza en castigo de haber abandonado nuestro estado, faltando á nuestros juramentos.

— Pues entonces nos será preciso volver á él.

— ¡Ah! no, es ya demasiado tarde, y el carro está muy atascado.

Y dicho esto, mudó de conversación.

Abrumado por los cuidados de un matrimonio que la Providencia no podía bendecir, sólo halló lágrimas en su corazón cuando para colmo de sus penas vióse padre de un niño y de una niña.

Apoderóse de todo su ser una negra melancolía que le empujó al sepulcro. Tenía vértigos, ofuscaciones, alucinamientos. Cayó enfermo y estuvo algunos días sin conocimiento. Cuando volvió en sí, tenía trastornado el juicio: creía llegado el fin del mundo.

Requeríase una violenta sacudida para sacarle de aquel entorpecimiento desorganizador, y vino tal sacudida.

La súbita invasión de Alemania por los turcos había suspendido un momento las contiendas religiosas. Todas las fuerzas necesitaban volver á adunarse para hacer frente á tamaño peligro.

Levantáronse algunas voces para acusar al partido luterano de no ser extraño á las intrigas que habían

podido traer á los turcos al centro de la cristiandad.

Lutero entrevió con una ojeada la espantosa suerte que semejante rumor preparaba á los suyos y á él mismo: podía surgir una proscripción á mano armada contra todo el partido.

Los turcos avanzaron hasta Viena, pero no se atrevieron á acometer.

La espada de Carlos V repelióles hasta el Bósforo; y para doblar su victoria, volvióse contra la herejía, confiando aplastarla bajo el peso de su gloria.

X.

Una nueva Dieta reunida en Spira decretó que todos los Estado del imperio germánico debían adherirse sin restricción ni demora á la sentencia de excomunión expedida contra Lutero; que se castigara con la proscripción toda profesión pública del culto llamado reformado, y que quien se declarase anabaptista sufriera la pena impuesta á Münzer.

En cuanto á las discusiones teológicas, de cualquier naturaleza que fuesen, debían suspenderse por una y otra parte hasta la convocación de un concilio general.

Carlos V contaba con la obediencia y no la obtuvo. El Elector de Sajonia, el Margrave de Brandeburgo, el Landgrave de Hesse, el Duque de Luneburgo, el Príncipe de Anhalt, y con ellos los diputados de catorce ciudades imperiales, protestaron contra el decreto de la Dieta, calificándolo de impío, y contra el *despotismo* del Emperador, apelando á su espada.

Esta altiva resistencia les valió en la historia el título de *protestantes*, que tiempo adelante fué la denominación vulgar de las principales ramas brotadas del tronco luterano.

Carlos V, que no perdía de vista la situación poco halagüena de Alemania, vino tan pronto como la paz celebrada con el Rey de Francia se lo permitió. Con el fin de poner término á las turbulencias religiosas, convocó la Dieta de Augsburgo.

Melanctón presentó á la Dieta una profesión de fe luterana, á que se dió el nombre de Confesión de Augsburgo, firmada por multitud de príncipes eclesiásticos y seculares.

Después de defenderla sus firmantes, impugnáronla los doctores católicos, demostrando ser contraria en varios artículos á los dogmas de la Iglesia Romana.

El emperador Carlos V volvió á hablar, condenando la revolución producida por la Reforma, y concediendo á los protestantes el plazo de un año, para deliberar acerca de su regreso á la comunión católica, ó exponer sus quejas al Concilio general que iba á ser convocado dentro de seis meses.

Los príncipes reformistas no se conformaron, y varias ciudades contrajeron alianza para resistir al cumplimiento del edicto imperial y cualquier otra tentativa contra la nueva herejía.

A la sombra del luteranismo, se produjo de nuevo la secta de los ana-

baptistas ó rebaptizantes con el mismo fanatismo y miras vandálicas de sus antecesores.

Roma volvió á ensayar nuevos medios de persuadir á Lutero á que se sometiera á la autoridad de la Iglesia. El papa Clemente VII, sucesor de León X, envió un legado especial á Wittenberg para que en tono de súplica, si era necesario, conjurase al Dr. Martín á que volviera á los brazos de su buena Madre, de quien había renegado.

Lutero se rió de las súplicas como se había burlado de los anatemas.

Desde entonces fué considerado el heresiarca como un hombre precito por su impenitencia y por su obstinación en resistir á la verdad conocida.

Su vejez se anticipó notablemente.

La muerte le arrebató á sus ancianos padres y á dos hijos ya crecidos.

El rigor imperial envió al destierro á sus mejores amigos; la inconstancia de su obra produjo muchas *apostasías*, y sus propios desórdenes aumentaron el número y la intensidad de sus dolencias.

XI.

En 1545 la discordia se había introducido en la familia de los condes de Mánfeld.

A instancias del conde Juan Jorge, Lutero accedió á intermediar para que se restableciera la paz.

Púsose en camino, cuando apenas podía ponerse en pie; y si su cabeza le permitía discurrir, debíalo á una fuente que se le había abierto en una pierna.

Al salir de Wítttemberg descuidó renovar el cauterio, y volvieron los vértigos y zumbidos.

Llegó á Eisleben con una postración cadavérica.

Dejándose llevar de su odio á los médicos, no les había consultado sobre una enfermedad que, con ser la más grave, la miraba con gran descuido. Consistía en una corrosión del ventrículo.

Los pasos que dió para la reconciliación de los príncipes enemistados fueron del todo inútiles. Con

todo, obsequiáronle con una espléndida mesa, en la que no faltaron los mejores vinos del Rhin.

Durante la comida no cesó en sus sarcásticos razonamientos contra sus enemigos naturales, el Papa, el Emperador, los frailes y el diablo, de los cuales nunca se olvidaba.

En el primero de sus brindis se expresó así: « Amigos míos, no podemos morir hasta que hayamos visto á Lucifer por la cola... Esta mañana se me ha dejado ver en las torres del palacio, enseñándome los cuartos traseros... »

La mejoría aparente que había experimentado fué desapareciendo, y se le renovaron con mayor fuerza los dolores de la cabeza y del estómago.

Juzgando que con el sueño se aliviaría, trajéronle algunas almohadas para que descansara en el mismo sillón.

Antes de media noche despertó, pidiendo le condujesen á la cama. Apenas llegado á la alcoba, exclamó con voz ahogada:

— ¡Me muero! Dr. Jonás, maestro Celio, conservad nuestra obra, porque la cólera del Concilio de Trento y la ira del Papa están encendidas.

Pocos momentos después de entrar en el lecho pareció dormirse nuevamente; ó á lo menos volvió en sí á la una de la noche, manifestando deseos de ocupar el asiento que había dejado cerca de la chimenea. Pero disuadiéronle sus amigos al notar un sudor frío que le inundaba el rostro.

La única palabra que pronunció después, aunque con mucho trabajo, fué un sí fatal cuando le preguntaron si moría creyendo en las doctrinas que había predicado.

Y luego cerró los ojos para no volverlos á abrir eternamente. El desgraciado reformador había comparecido ya ante el tribunal del Juez supremo.

.....
Ocurrió su muerte en 1546.

Al año siguiente Wittenberg era sitiada por las tropas de Carlos V.

Catalina Boré se hallaba enferma; y los frutos de su sacrílego consorcio perecían de hambre.

Nadie se acordaba de la viuda de Lutero y de sus hijos, que se veían obligados á pedir limosna para alimentar á su madre.

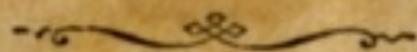
Más adelante vino la peste, y el miedo de morir impulsó á aquellos seres desventurados á salir de Wíttemberg implorando la caridad pública.

En su indigencia acudió Catalina á los príncipes cuya fortuna había aumentado Lutero tan considerablemente; mas éstos desoyeron su voz.

Falleció en Tórgau, en 1553, y sus hijos continuaron viviendo en la mayor miseria.

FIN.

Í N D I C E



	Páginas.
I.... ¿ Y qué es eso del Protestantismo?	3
II.. Pues ¿ dónde está la diferencia?...	7
III. Mentiras, farsas y gatuperios.	13
IV. Los que se pervierten al Protestan- tismo y los que se convierten al Ca- tolicismo.	28
V. ¿ Religión ó mojiganga?	39
VI. Los " Santos Padres " del Protes- tantismo.	48
La verdad sobre la muerte de Lutero.	53
MARTÍN LUTERO.—Breve y exacta relación de su vida por un obrero católico.	65



FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echevarria Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT

100057431

